UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00025247331

ALEJANDRO RIVAS VAZQUEZ

MISIVAS

CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
1901

MISIVAS

DEL MISMO AUTOR

EN PRENSA :

Críticas Literarias

ALEJANDRO RIVAS VAZQUEZ

PQ 7549
.R484
M5
1901
PV 206

MISIVAS

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
1901

Esta obra es propiedad de los Editores

OFRENDA

1º de marzo de 1901.

Madre querida:

A ti, la santa, la inmaculada, la perfecta concepción de la mujer fecundizada por el Amor y ungida por el Deber y la Virtud, dedico estas páginas que trazó mi mano, sin que me guiara aspiración de gloria ni de renombre, y sólo por quemar un grano de incienso en el pebetero azul de la admiración, culto purísimo que siempre te ha tributado mi corazón de hijo.

Alejandro

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/misivas00riva

PROLOGO

AL MARGEN DE LAS MISIVAS

La observación es el elemento más precioso para la elaboración de obras destinadas á hablar á las muchedumbres, á dirigirse á inteligencias de diversos grados y capacidades, destinadas á producir mas bien sensaciones que ideas, enseñanzas para el corazón que ilustración y sabiduría para el pensamiento.

Esa prolongación de la mirada del espíritu sobre las cosas para penetrarlas é iluminarlas, esa aproximación del alma á la naturaleza para examinarla de cerca y arrancarle la voz que ilustra al mundo y el colorido que encanta los ojos y puebla de visiones los horizontes de la imaginación; la observación, esa espada de la verdad que poda el misterio é inunda de centellas su ramaje de sombras; la observación es el instrumento de mas difícil manejo en la ejecución de obras como la presente que descri-

ben fenómenos desarrollados á la vista de todo el mundo, detalles que juegan, por decirlo así, á nuestros ojos, escenas y cuadros cuya traducción puede ser susceptible de rigurosas corroboraciones por la contigüidad del modelo y su imitación, y puede dar lugar á exámenes de los cuales debe resultar, necesariamente, la verdad ó la mentira de los que manejan el pincel ó la paleta.

La dificultad crece cuando se toman entre manos asuntos complicados por la variedad de sus faces y la multiplicidad de las cuestiones que presentan, ó cuando se trata de escudriñar las secretas relaciones que agitan á los seres en el centro de esta vasta confusión de armonías. Una cosa podrá tal vez ser conocida en sí misma, pero es casi imposible seguirla en las infinitas influencias que da y á su vez recibe de las otras cosas. Aún hay más. El inmenso engranaje puesto en movimiento impide el conocimiento de las piezas que lo componen. Todo conspira contra ese perfecto conocimiento. Los mil guarismos del Universo arrojados en el caos por el soplo creador se fraccionan y subdividen á su vez; la belleza suprema, siendo tipo único, por ser una la verdad y la perfección, la vemos como desgajada, localizada en cada uno de los seres, prestándose á una multiplicidad que filosóficamente no le corresponde; la torpeza misma de nuestros sentidos, llevando á nuestra alma nociones basadas en la simple apariencia muy propias para extraviar la observación, se presta al error y al absurdo, se hace espejo de aspectos engañosos hasta el punto de hacer res-

plandecer un átomo como si fuera un sol, de hacer creer que un astro no es sino un átomo iluminado, de convertir para un alma timorata y sencilla las nubes en formidables realidades.

Hé aquí el escollo de la observación. Esta debe ser pura, serena, profunda como los abismos que debe sondear, sutil como los delgados caminos de lo desconocido, clara como la luz á cuyo encuentro sale, fuerte como la ignorancia y la tiniebla cuyo influjo debe romper y cuyo imperio debe destruir, ágil y elástica como las ilusiones que tiene que alcanzar para desvanecer y poder presentar la verdad en todo el esplendor de su majestuosa desnudez.

Imbuido en estos principios el autor de esta obra los ha aplicado con toda la gracia y toda la fuerza de su joven inteligencia. Parece que un genio sutil retoza en su imaginación y salta de frase en frase semejante á una llama vaporosa. Admirables rasgos de penetración circulan por sus páginas y se agitan sus pensamientos en el examen de los caprichos femeninos, como se revuelcan los relámpagos y las nubes en el oscuro cielo de una tempestad de los trópicos.

Conócese que ha acechado ese arcángel de alas rotas desterrado entre nosotros y prisionero en nuestros hogares por no serle posible remontar su vuelo á los cielos y á los astros. La mujer. ¡Hermoso objeto para ofrendar las primeras cosechas de un espíritu naciente! La pluma se perfuma con su contacto, el ideal crece más que la imaginación que lo contiene y se derrama en los libros en raudales de armonías,

la mirada se dilata como cuando se dirige á una estrella lejana ó á un horizonte infinito, la sensibilidad se acrisola y magnifica, las facultades se ilustran y suavizan en la contemplación de la humilde planta de la belleza, el espíritu se siente sembrado de sueños cuyos renuevos encierran primaveras de mundos imaginarios y dichosos, el corazón se abre como una copa y se llena del vino de los Dioses y de las lágrimas de la esperanza, la fantasía se puebla de cisnes como una laguna cuyas riberas estuviesen suspendidas de los cielos, el pecho se ensancha como si hubiese respirado un universo, y todo el hombre arrastrado por la ilusión y embebecido en el encanto, habla un lenguaje inventado en el paraíso, preludiado en la lira de la naturaleza y destilado palabra por palabra del viejo diccionario de los ángeles.

El estilo del autor es caprichoso como la mujer que lo inspira, y se desliza como una larga vena al través de las páginas de su libro. Siendo moralista, el autor se hace insensiblemente poeta, y siendo poeta saluda de paso el templo de la filosofía Son tres soplos que se condensan y palpitan en esas páginas. El corazón está en la raiz de todos sus pensamientos; fruto que no puede producir sino preciosas flores! ¿El alma del autor llora ó ríe en su propia creación, y si ríe, ¿qué sonrisa alumbra sus labios? ¿Será producto del sarcasmo ó de la alegría, hija de la felicidad, ó retoño amargo de una astilla de la decepción clavada en lo más hondo de su alma?...

Creemos que el espectáculo que presenta

es el espectáculo de la debilidad de todo un sexo desarrollado diestramente en sus "Misivas"; espectáculo que nos lo muestra como quien señala un sombrío camino perdido entre colinas bañadas por la aurora y cuya misma claridad hace resaltar las claridades que serpentean á sus bordes. Enseñar la noche en los cielos es enseñar también los astros del firmamento.

La descripción que hace de su heroína es viva, ardiente y animada. Deshoja la corona de la hermosura, la hace caprichosa, coqueta, política, enamorada de sí misma para demostrarle la valía de estas cosas, de estas tristes basuras de la senda; la hace orgullosa para en señarla á ser humilde y hacerle ver las riquezas de la modestia; la hace rica y entregada al lujo para dirigir todos los movimientos de su corazón hacia la caridadque se alimenta en su mayor parte de los bienes del mundo, y hacia la piedad que los desprecia en provecho de las miserias de la humanidad.

Un tinte de suave melancolía inunda súbitamente sus frases como lágrimas desprendidas de su pluma. Explota la poesía de los recuerdos y evoca las primeras sombras de la niñez, vagas y semitristes como las sombras del Elíseo..... Ah! Cada hombre reproduce en su historia la gran historia de la humanidad! ¿Quién no ha tenido un paraíso en su cuna? ¿Quién no recuerda los primeros días de la vida como los más felices de todos, bien así como las tradiciones rememoran una edad de flores y delicias en la infancia primitiva de las generaciones? ¿Quién no llora un inmenso

bien perdido como las musas de los siglos lloran la edad de oro? La historia del individuo y la de los pueblos marchan paralelas y tienen fisonomías análogas, siendo la una la miniatura de la otra. La existencia aislada del hombre combinándose con la de los otros hombres forma la gran red de los anales humanos, así como el manantial al desposarse con sus compañeros forma el lago y como el zumbido de la hacendosa abeja forma en los bosques el estruendo de las colmenas.

¿Quereis poesía?.... mirad hacia la infancia. La poesía es un niño, es un sueño infantil de las razas, es una virgen que espera al día en el valle de las primeras ilusiones. La cuna es la primera lira que resuena en nuestros oídos, la sonrisa de la madre es la última claridad que alumbra nuestras ruinas al desplomarse en el sepulcro, los recuerdos son las postreras mariposas que revolotean ante nuestras miradas moribundas y acompañan fieles nuestro ataud á los sombríos palacios de la eternidad; los amores nacidos en los tiernos años y esas memorias vaporosas que impresionan nuestra inocencia se prolongan y perfuman toda nuestra vida con un aroma que no nació en el mundo ni conocieron las flores de la tierra.

Esta poesía es muy propia para conmover y embriagar dulcemente los corazones. La mujer la absorbe con fruición inefable porque ve en ella un alimento muy propio para mantener siempre lozana la eterna niñez de su fecunda naturaleza. El autor de esta obra así

lo comprende y trata de revivir la virtud de su heroína con las brisas y los colores de la edad inmaculada. La conjura, la llama hacia el pasado, le asoma las imágenes de los tiempos queridos, le recuerda los juegos sencillos y las escenas pastoriles desarrolladas sobre los céspedes de la campiña, le trae al oído y al espíritu esos acentos divinos que no se escuchan sino una sola vez en la vida de los hombres, porque mueren con la edad de las pasiones y huyen con la inocencia de los años.

¡Cómo palpita nuestro sér al toque de esa vara mágica! Produce una emoción mezclada de tristeza y de alegría, de felicidad y de duelo, de sonrisas y de lágrimas, de claridad y de sombras, haz misterioso donde se entrelazan y confunden las rosas de la vida y las siemprevivas del sepulcro.

Las ideas se inundan de sentimiento, como si el corazón se hubiese refugiado en la inteligencia, y el numen respirando el humo de esas cosas desvanecidas y removiendo esas cenizas tan queridas, adquiere la majestad de las lágrimas y participa de las sustancias incorruptibles. ¿Quién desconocerá jamás al fantasma de nuestra primera felicidad que se presenta de repente á nuestra imaginación y nos habla el lenguaje de los ensueños? Las canas huyen, las arrugas se desvanecen, las pasiones ceden y dan tregua á los puros afectos, la carga de la vida cae al suelo un instante al quitarnos con el pensamiento los años que nos separan de la niñez, el espíritu se despoja de la malicia y se viste de celestes

irradiaciones y el corazón abierto á las más puras emociones se ensancha en el amor y la virtud y se dilata en los círculos de la esperanza.

¡Oh mujer! retrocede en tu camino y vuelve al altar que abandonaste! Abate tu orgullo, sella tus labios desdeñosos con la oración que sube al cielo, barre de tu frente esas arrugas trazadas por el arado de la soberbia, conforma tus sentimientos á la verdad y no al fingimiento, ese frágil sofisma del carácter; enciende en tu alcoba una lámpara á la piedad que purifique tus sienes, las pueble de azahares de luz y las corone con los pensamientos de los ángeles; huye de los secretos del mundo y de los misterios de la sociedad como quien huye de una sombría caverna donde reinan los pavores de lo desconocido y se dibujan en monstruosas siluetas los perfiles gigantescos del crimen; aparta la vista del vacío de las cosas fútiles, de los falsos oropeles, de las nimias exterioridades y penetra, para que imperes, en el reino de las almas; abandona, en fin, toda esa multitud de ligerezas que anublan la idealidad de tu sér, así como el árbol suelta á los vientos las hojas secas despojando la verdura de su follaje de esas páginas mustias de otoño escritas por el genio de las ruinas.

En síntesis, hé aquí el fondo de la obra y lo que el autor dice á la mujer en el fácil estilo de sus «Misivas.» A las primeras que le dirige ella se irrita y contesta con mordeduras de serpiente. El rebelde se traga el

veneno de la cólera y prosigue imperturbable su tarea. Hace uso de la impasibilidad, el arma más poderosa y que más estragos hace en un alma de mujer. ¡ Pincelada magistral que convierte en genial artista á la mano que la raza ! Tal arma prepara el triunfo de la verdad y abre una puerta al arrepentimiento quien no se deja esperar mucho tiempo estallando en amargo torrente, en tristes recriminaciones hacia la misma que los vierte, en palabras propias de un visionario que sorprendiese abiertos los postigos del arcano. Entonces se siente una impresión de paz intensa, porque se ha restablecido el equilibrio en un espíritu medio derrumbado en el vicio, quebradas ya las alas contra el abismo, entregado á la esclavitud de las preocupaciones, expuesto á perecer bajo el filo de las pasiones y bajo el rayo de las tempestades mundanas.

Mujer !, levanta la frente y seca las lágrimas, pues desde esta postrer derrota es que comienza tu verdadera felicidad ; lo que creías dicha era desgracia, lo que te parecía natural reñía con los principios de la naturaleza ! . . . ¡ abrazabas, sin saberlo, el espectro de la muerte ! . . .

Pero ¡ ah ! ya despertó el día y el carro de la noche se aleja hacia otros mundos. Las brisas bajan, vienen del cielo, sollozan en los copudos limoneros. Un ave desconocida cruza el vago espacio : es un alma que canta la canción de la inocencia y se lleva para su nido las tristezas del corazón. Mira esa estrella ¡ oh mujer ! . . . Ella también te mira y te cree

digna de sus desvelos. Mas, sacude tu dolor, no temas. Ya eres pura. Levántate y vé tranquila á sonreírte con la aurora.

LUCIANO MENDIBLE.

MISIVAS

Pórtico

31 de enero de 1901.

Una de estas mañanas, cuyas densas neblinas han impedido al viejo sátiro calentar la Tierra, la joven hembra aterida y espasmódica, llegué á encontrarme solo en la elegante biblioteca de mi amigo Enrique, quien desde temprano había salido con su esposa á cabalgar por ese bellísimo caracol de "El Calvario" que extiende sus vueltas hasta la cumbre del monte.

Hurgando los papeles de mi amigo, fijó mi atención un manuscrito primorosamente encuadernado. En su carátula leí: "Historia de mis amores," y leí, después, el contenido de los folios, y otras mañanas de frío y tardes de bochorno, de ellos extraje el texto de MISIVAS.

El Autor

PRIMERA

Señorita:

Tentado estoy de creer que al recibir esta misiva habrá de latir con violencia vuestro corazón emocionado y habrán de plegarse vuestros labios rojos, para ostentar, llena de gracia, vuestra resplandeciente y blanca dentadura de marfil.

Habréis de pensar, sin duda, que ella encierra alguna nueva declaración de amor, de esas que á menudo os dirigen jóvenes apasionados que vuestra singular belleza y misteriosos atractivos traen atados fatalmente al carro de vuestros altivos desdenes y excéntricos caprichos.

Pero no poca extrañeza habrá de ocasionaros contenido tan rebelde á vuestro despótico imperio de virgen deidad y tan distinto á los halagos que de ordinario os tributa pródiga la estulticia, interesada en cerrar vuestras

pupilas, profundamente negras y hermosas, á la luz de la evidencia y vuestros oídos de artista, al sonido ingrato que generan las verdades amargas.

Admiro y vivo genuflexo ante vuestra hermosura radiosa. De vuestra negra y brillante cabellera, cuyos crespos rizos envuelven, semejando hondos surcos, el contorno escultural de vuestro cuello, yo sueño las finas hebras para atar mi alma á la perpetua ilusión. De vuestras albas mejillas, de vuestras combadas cejas, de vuestra boca diminuta y de vuestra barba magistral de estatua griega, ha tiempo que estampé su imagen en mitad de esa víscera que se llama el corazón. Pero, perdonadme, señorita, lamento con tristeza sombría de tan lindo querubín la última pasión dominadora. Sois política.....

De antaño los recuerdos, cuando niños jugábamos en el huerto al escondite, entre las breñas ocultos, bajo la sombra de los altos y tupidos limoneros y correteábamos al salir el sol sobre las húmedas yerbas tras las vacadas y las cabras, se agolpan ahora en mi memoria, reproduciendo con viveza las escenas de vuestra ternura compasiva y de vuestro irritado lenguaje de amor, el que usábais para reprochar á las aves las súbitas esquiveces de su vuelo; y, más tarde, cuando á lumbre del hogar, adormecíais con el arrullo de cantares abolengos vuestras muñecas elegantemente vestidas que no osaban tampoco lanzar una queja cuando las reprendíais con severidad adusta, siempre noté que mi alma os tributaba un culto de in-

genua admiración y presentía para vos un porvenir feliz.

Mas los tiempos han cambiado. Habéis cumplido ya los diez y ocho años y sois una señorita que asiste con frecuencia á las representaciones teatrales y á los saraos de la alta sociedad. De la niña angelical de la otra época, que me hacía pensar con insistencia en los inocentes amorcillos del arte pagano, sólo quedan en vos los rasgos de vuestra soberana belleza, acentuados hoy en las curvas victoriosas de la adulta.

Y seríais dichosa....,. tal vez lo sóis! Pero nada contrasta tanto con la sublime misión á vos confiada por el Ser Supremo, como vuestra persistente locura de la pasión política.

Sois mujer, y, como mujer, debíais de vincular en la radical diferencia al hombre, el poderío incontrastable que élla ejerce en los destinos de la sociedad humana.

A vos chocan, señorita, no lo negúeis, mejillas de varón coloreadas de carmín y talles de hombre prisioneros de un corset; os repugnan instintivamente de nuestro sexo afeminamientos y afectaciones mujeriles y reventais de risa ó agonizais de rabia cuando véis á alguno de nosotros con delantal en la cocina ó manejando ruecas y agujas.

Asimismo nosotros los hombres no gustamos de mujeres á la usanza masculina.

De hinojos nos postramos reverentes á dirigir la plegaria del amor y el himno de alabanza á ese Dios que Dios mismo formó de nuestras carnes, y, en cambio, sólo le pedimos

que se conserve digno sobre el ara augusta de su altar.

A sus plantas quemamos el incienso de nuestra aspiración infinita; depositamos en su turgente seno el talismán de la ilusión y la esperanza; ciframos en la intensidad de sus miradas el sino fatal de nuestras vidas; coronamos de blancos azahares su frente virginal y la rodeamos de la aureola luminosa del amor y la virtud.

Mas no abdiquéis jamás de los dones y gracias naturales que el cielo depositara en la estructura exquisita de vuestro organismo; no apostatéis nunca del amor y la virtud; no troquéis en mustias las lozanas y fragantes flores que os hemos consagrado, ni burléis nuestras ilusiones sacrosantas!

Mas aún, haced de todo si gustáis; pero no nos mostréis la exaltación de vuestros nervios en las pasiones varoniles. Y de todas las pasiones que aguijonean la actividad del hombre, ninguna más odiosa, ninguna más violenta, que la pasión política.

Al descender de vuestro trono para daros de codazos con nosotros y confundir la poética harmonía de vuestra voz en la ronca grita de nuestras habituales polémicas, os habéis hecho nuestras iguales y habéis trocado vuestra corona de Reina y vuestro cetro de absoluta soberana, en la musculatura del atleta, digna de admiración pero nunca de respeto.

¿Y será incentivo acaso á la sutileza de vuestros pensamientos—que de ordinario se espacían en la región paradisíaca de la idealidad

y de los sueños—la turbulencia y asfixiante pesantez de nuestra atmósfera política? No habéis mirado bien, señorita, los nubarrones sombríos que tapizan el cielo de nuestro circo democrático. Las tempestades que de éllos á veces se desprenden, se desgajan sobre nuestras cabezas calcinando lo que hay todavía de puro y de inefable en la conciencia de los hombres; su rayo extermina, pulveriza las pocas ilusiones que nos quedan; su trueno, más aterrador que el zumbido de la tormenta en el océano, al brotar por la siniestra boca de los cañones y de la fusilería, siembra el espanto y la locura en el alma de la Patria; sus relámpagos, contínuos y violentos, deslumbran las pupilas y dejan muerta y rígida dentro del corazón la pía nobleza de todos los sentimientos.

Ah! no sabéis lo caro que nos cuesta el ideal republicano. Lago de sangre, tabernáculo de oprobios, ruta de miserias, apotéosis del dolor, eso es la lucha que sin tregua los ciudadanos venimos sosteniendo va ya para una centuria; y cuando nuestras fuerzas fatigadas sientan rendir el ímpetu de su ardor á los fieros golpes de los adversarios, á quién entonces impetraremos ánimo, qué tierra tocaremos como Anteo?

La luz de vuestros ojos, la frase de vuestros labios, el amor de vuestras almas, la poesía de vuestro ser, vuestras manos cargadas de laureles y coronas para los héroes victoriosos, de caricias y consuelos para los infortunados vencidos.

Ya veis cuán distinta debe ser vuestra intervención en nuestros combates de política. Si la ejercéis sacerdotalmente, como esos entes sublimes que han constituido la noble Hermandad de la Caridad, y restañais las heridas de nuestro corazón con el bálsamo dulcísimo de vuestros himnos y plegarias, no encontrará tal vez nuestra gratitud, besos ni lágrimas bastantes para cubrir vuestras manos piadosas; pero si, al contrario, arrebatadas por los odios banderizos quereis terciar en nuestras luchas ofendiendo ó defendiendo con el arma única que sabeis esgrimir: el calificativo, injuriante para el contendor y laudatorio para el amigo, entonces no lanzéis una queja ni un reproche á nuestra actitud irreverente y torpe, ni maldigáis tampoco el brazo que descargue en vuestro rostro de muñeca el terrible puñetazo de su encono.

He usado para vos de ruda y singular franqueza. No culpéis sino á la inmensa estimación con que os distingo. Venced la funesta obsecación que de días atrás se ha posesionado de vuestro genio, apacible y candoroso, convertido en agrio y de antipatías inevitables cuando insulta y cuando befa. Sois muy joven todavía; combatid, pues, los microbios de esa epidemia que saturan el ambiente nacional y que están inoculados ya en vuestra sangre, con la eficaz medicación de vuestra ternura pasional, y reservad la gualda y rojo de vuestros gloriosos pabellones, para colocados en el taller de una modista.

4 de febrero de 1900.

SEGUNDA

Señorita :

Una de vuestras íntimas amigas ha puesto en mis manos una esquela que autoriza la elegante firma vuestra.

Días de anhelos infinitos y noches de sombríos desvelos habían trascurrido para mí, que tiemblo, como tallo de violeta cuando lo azota el huracán, ante los desdenes de una dama. Pero habeis sido generosa . . .

La vanidad de vanidades que forma el hálito del mundo, ha prendido también en mi alma algo de sus fuegos y sus humos. No he podido resistir al deseo de que las miradas del público se fijen en la contestación que habeis dado á mi carta para vos. Si mi conducta es indiscreta, me comunica alientos la esperanza de que á pesar de sus lívidos furores siempre los labios de la mujer son propicios á la palabra del perdón.

Dice vuestra esquela :

«Nunca le creí á usted tan majadero. Si soy política, es cosa que á mí sola me incumbe; si soy coqueta de caprichos, lo soy por darme gusto y un poco de rabia á los hombres que cometen la tontería de fingirme pasión y de exhalar, cuando se encuentran á mi lado, suspiros que mucho se asemejan á bostezos de fastidio. Es usted un borroneador de cuartillas que escribe para que los imbéciles le crean un joven de talento. Qué no podemos ser políticas, qué necio! Qué tienen ustedes de más que nosotras? Mejor lo haría usted quedándose tranquilo y no entrometiéndose en nuestros asuntos que sólo á nosotras nos atañen. No olvide nunca que la víbora es incisiva y destila muerte en sus venenos y las mujeres somos víboras cuando ustedes son tiranos. Dice usted que soy bonita? Guá, qué florista! . . . vaya que le ha salido ser galante alguna vez! Frecuentemente río con mis amigas de su simplicidad cuando habla con mujeres, que más parece un diputado, [juzgo yo], discutiendo en la Cámara una ley de presupuesto. Esa avispa que ha comido y que me tiene tan admirada,—hasta me atemoriza, porque tal vez pueda suceder un cataclismo,—me hace dispensarle el honor de esta respuesta. Termino diciéndole que se guarde bien de ofender á las mujeres: somos los peores enemigos.»

Vuestra cólera me encanta. Así, irritada y vengativa teneis algo de sublime que redime mis conceptos. La traición de vuestros odios os levanta un trono y la sublevación de vues-

tras furias os hace olímpica: ídolo, sentaos en ese trono!

Decís verdad y como la verdad sois augusta. Sólo que diciendo la verdad os habéis equivocado respecto del hecho que la patentiza. Seréis víboras porque os tiranizan los hombres, ó seréis víboras porque desgarráis nuestra idealidad é ilusión con los filos de ese vuestro envenenado colmillo, la coquetería?

Vos lo habéis dicho: sois coqueta de caprichos por daros gusto y un poco de rabia á los hombres; y vos, como todas, nunca seréis mejor creída que cuando os acometan raptos de iracundia irrefrenable.

Ah! cómo se comprende que estáis acostumbrada á jugar despreciativamente con los corazones incautos rendidos á la magia de vuestros hechizos! Habéis dejado leer en vuestra conciencia los ocultos pensamientos. Vuestra franqueza desenvuelta los ha puesto de relieve haciendo luz en las tinieblas de ese abismo.

Pensáis . . . señorita, oíd lo que pensáis.

Cuando rendís ante el espejo la diaria oblación á la belleza radiosa de vuestra hechura, os decís monologando en alta voz: qué tontos son los hombres; pretender que mujeres lindas consagren á cada uno de ellos la plenitud de su pasión, cuando mil veces mejor es no amar á ninguno y esperanzarlos á todos, para que todos se postren de hinojos en sumisa esclavitud ante nosotras.

Cuando visitáis el templo y hacéis frente á la Divina Majestad expuesta una profunda reverencia, para ostentar la cimbradura de

vuestro esbelto talle, el diablillo de la coquetería os sopla allá dentro que todas las miradas convergen hacia vos, como si elevasen un himno de muda adoración á la radiante esplendidez de vuestras gracias. Y sonreís beatíficamente, de tal manera, que algún viejo santurrón de inocencia y castidad repleto, os creería en sublime arrobamiento, y que vuestro espíritu ha volado al paraíso á conversar con Dios y con los ángeles.

Cuando vais al Teatro y recostada indolentemente en la butaca de un palco apoyáis la barba en la palma, color de rosa y nieve, de vuestra mano, recorréis la sala con mirada indiferente, como adormecida por extraña laxitud y hacéis al final de cada paseo de vuestros ojos una mueca desdeñosa, para significar al público que él no es digno de que vuestro temperamento de artista experimente sensaciones de placer en su presencia, aun cuando allá dentro estalle la risa en continuas y violentas carcajadas y sufra de alegría vuestro pecho súbitas inundaciones. Qué vulgaridad, confundir vuestra estética con los ingénuos arrebatos de la plebe! . . .

Cuando la orquesta preludia las voluptuosas armonías de un valse, comunicáis á vuestro cuerpo la vaporosidad de una ninfa cuando encanta, como si pretendieseis huir al país azul de la quimera en busca del príncipe rubio que os dice la fantasía haber soñado para rodear la regia modelación de vuestra cintura.

Cuando en las tardes de verano el sol oculta tras el horizonte del Poniente sus rayos

de oro que iluminan vuestra cabellera, haciendo brillar sus hebras como manojo de relucientes culebrillas negras, os sentáis en la ventana á fingir que leéis las páginas de un libro y fruncís el ceño como deidad esquiva, para que el peregrino de la vida, el joven que busca ansioso por el mundo alma grave de mujer que unir á su existencia, se maraville de vuestra seria distracción, pues ni siquiera levantáis los párpados como absorbida en las páginas del libro. Y sin embargo, miráis de reojo y en todos procuráis prender el fuego del amor.

Maestra del disimulo!

Mientras tanto, no advertís al tierno romántico que tiembla de celos y gime de espanto ante la duda pavorosa que vuestra coquetería engendró en los puros senos de su espíritu.

Nunca había amado. Os vió un día y supísteis cautivarlo. Después le dísteis esperanzas, treguas á su pasión, que fueron alientos de vida que la hacían pujante, y reticencias de enamorada que temía la burla, y cuando hubísteis comprendido que os pertenecía su voluntad, comenzásteis ese supliciante vejamen que afrenta su alma y diseca la piel lozana de su cuerpo.

Ya no es hombre: sus formas se han diafanizado y le comunican aspecto de sér extraterreno. De noche entona contrito, á media voz, la plegaria de sus ideales,—psalmo irrisorio de la desventura,—y de día os contempla de lejos para no incurrir en vuestro enojo.

Lo habéis domeñado al punto de que ya no exhala voces quejumbrosas y dolientes cuando sonreís á otro, ni profiere maldiciones cuando juráis amor con la traidora visual de vuestros ojos.

Decidme, señorita, ¿en virtud de qué secreto poder manejáis la red de tantos hilos que tiran de tantas almas como cabos aprisionan vuestras manos? Nunca habéis temido quedar envuelta en élla?

Mirad que nada hay más peligroso que la cólera de un corazón apasionado. Y vos, no provocáis la de uno solo, sino la de esa muchedumbre que os rodea rumorosa y fatigante, cual enjambre de abejas alrededor de una colmena.

¿No os conmueven, acaso, ni os remuerden la conciencia, los ayes sollozantes de tantas víctimas? Tenéis el alma empedernida en la ejecución de tanto crimen?

No puedo creerlo. Estáis muy joven todavía . . .

Apiadaos de los hondos sufrimientos de aquella alma enferma y levantadle, con un torrente de sinceridad amorosa, el fúnebre sudario que la envuelve extinguiendo la luz de sus ilusiones quebrantadas y de sus esperanzas ya marchitas.

28 de febrero de 1900.

TERCERA

Señorita :

A vos, para quien deseo la absoluta perfección y la eterna bienandanza, recuento, para hablaros de vuestro ensimismamiento, de vuestro pagamiento de vos misma, vuestro amable y original

COLOQUIO

Alma mía !

Te has vuelto caprichosa y te das humos de sultana predilecta. Para tí se han muerto las francas alegrías y ya no sube á tus mejillas la onda de sangre roja que soplaba en tus venas el clima de los campos. ¿Dónde ha huído la juguetona inspiradora de tus cantos, dónde ha ido á ocultarse la risueña travesura de tus días dichosos, cuando

me requebrabas con frases galantes, diciéndome mil cosas tan bellas y tan gratas que me henchían de orgullo y de pasión? Lozana y festiva labradora de los montes, ¿por qué has cambiado la serenidad de tu ignorancia y lo feliz de tu inocencia en la voluptuosa melancolía y aires de coquetismo de las jóvenes que habitan la ciudad y pueblan su mente de leyendas exóticas y cuentos de color?

Sufres, ¿no es cierto que sufres? Triste y silenciosa vives, asomada al balcón de tu esperanza, anhelando, romántica y sombría, que llegue amoroso á las rejas el gallardo mancebo de tus tiernos ideales. ¡Qué mejor hubiera sido para tí permanecer en las agrestes soledades de la selva, revoloteando con las aves en los amplios copos de los enfilados samanales y aspirando, sin ansias ni deseos, aquel ambiente oloroso á frutos y á flores intocadas!

Estás desconocida. Tal vez algún genio malévolo te habló al oído de sus hadas y sus ninfas, llevándote en alas de su extravagante fantasía al país de sus quimeras y mentidos amoríos. ¡Oh mi alma!, no hagas caso de sus perversas insinuaciones, ni creas tampoco en sus paraísos escondidos ni en sus espléndidos harenes.

Acaso extintos en tu mente se encuentran los recuerdos? Tan pronto olvidaste las mañanitas de neblina, aquellas mañanitas deliciosas en que solías llevarme al pico de los cerros á contemplar desde la altura las penumbras cerúleas de los bosques y el rumoroso

cascabel de las vertientes que corrían hacia el valle en espirales de espuma? Y aquellos días de sol en que todo reverdecía en la pradera bajo la regia claridad de un cielo azul?

Vuelve á mí. Mira que ya marchitas con tus esquiveces y desdenes el tejido de mi piel, y tornas pálidas, amarillentas y horribles, las róseas coloraciones que me hacían envidiablemente bello. Tú me lo decías, te acuerdas?....

Ya no me amas, y . . . si supieras! . . . En confidencia, alma mía, y violentado por una tempestad de celos, te lo voy á decir: yo te adoro!

Cuando tú eras la otra que me querías mucho y no contrariabas mis deseos, yo soñaba en la reclusión de una gruta encantada para tí, donde pudiera rendirte el culto de mis amores, sin que fuese turbada la quietud serena de mis expansiones y mis ruegos.

Admiraba tu candor, la sutileza de tu ingenio, tus sentimientos delicados y exquisitos. Experimentaba cierta fruición misteriosa cuando te sentía golpeando allá en mi cráneo con insistencia de chiquillo, para manifestarme tus ideas y acariciarme con tus besos pensadores.

Yo te sentía dentro de mí, dirigiendo con singular cuidado mis menores contracciones, á fin de que el iris de mis ojos y la comisura de mi boca, fuesen la imagen permanente y viva de la gracia, comunicando á mi voz dulces inflexiones y armonías y haciendo brillar mis negras pupilas con suave irradiación, donde al final de cada haz luminoso te encontrabas tú, linda y seductora, mi adorada.

Hoy, cuán distinto ! Hoy te ocultas en no sé cuál de mis grietas interiores y te llamo, y tú, ingrata, permaneces tranquila, indiferente, tal vez en éxtasis pasional, pues tengo sospechas de que tú adoras otros ídolos y te entregas al calor de otros amores.

Dime, alma mía, dime, por Dios, qué te sucede ?

II

Cuerpo querido !

Qué injustos son tus reproches y qué mal juzgas de mí la taciturna enamorada ! Y sin embargo, te he oído llena de embeleso, así como los ángeles deben oír la voz de su Creador ; hasta mí llegó la harmonía de tus efluvios quejumbrosos haciéndome sentir fruiciones inefables de deleite.

Qué quieres tú ! . . . no me atrevía á decírtelo temiendo pecar contra las imposiciones de mi sexo ; pero ya que me has hecho depositaria y objeto franco de tu culto, yo también te haré la confidencia de mis íntimas tristezas y de la furia de mis celos.

Aquellos tiempos que recuerdas fueron, en verdad, para mí, tiempos de gloria. Habitábamos la selva y no rozaban tus labios otros labios que los puros y castos de tu madre, ni mancillaba tu piel otro contacto que el fresco roce de los vientos tropicales, saturados de esencia y de rumores, á los cuales

siempre uní la condensación etérea de mis besos y el canto de mis idílicos ensueños.

Mas hoy me desespera la terquedad de miradas atrevidas que dirigen sobre tí los envidiosos de mi dicha, y sufro horriblemente porque ya no vivo contigo en la eterna soledad.

¿Sabes, cuerpo mío? dices bien, estoy desconocida. Hasta perversa me han hecho los malvados: cuando alguien te habla y te mira con pasión, experimento coléricos impulsos y ardorosos anhelos de hundirle hasta el pomo el puñal de mis tormentos.

Cómo no quieres que sufra! . . .

Ya si apenas en las altas horas de la noche puedo contemplarte y amarte á mi sabor: cuando regresas del baile ó de la ópera.

Entonces me escurro silenciosa hasta el portal de tus pupilas, atisbando tus menores movimientos é imprimiendo á tu mano la cadencia de un artista cuando ejecuta sus concepciones más queridas. Tímida y anhelante penetro en la rósea yema de tus dedos y los conduzco primero á la nacarina botonadura de tu corpiño de seda y al áureo broche de tus faldas; suelto después las trenzas de tus albas enaguas, recogiéndolas presto para colocarlas en el asiento feliz de tus despojos; abro lentamente, con sutil delicia, la prisión de tu corsé; descuelgo los pendientes brilladores de los hermosos pabellones de tu oído, y, finalmente, dejo caer por tus espaldas las madejas de tu negra cabellera que peino palpitante de emoción y ébria de castísimos deseos.

¡ Oh, cuán bello estás ! Cubierto apenas y nimbado por la auréola luminosa de tu pudor virgíneo, no eres humano, no, que eres inmortal. Las cúpulas turgentes de tu seno ¡ templo del misterio ! se mueven suavemente, y tus músculos se cimbran al peso de una infinita perfección. Bendito seas ! . . .

En qué piensas al mirarte en el espejo? No me ves á mí, tu tierna apasionada, ni escuchas el susurro de mis ruegos, ni sientes el calor de mis caricias?

Marchas al lecho impoluto con majestad de Diosa. Recuestas la imperial cabeza en el borde de la almohada y te cubres con las sábanas de blancura deslumbrante.

No me encierres, por Dios, no juntes esos párpados que me hundes en la tumba de tus ojos. Bendita tumba, mil veces más radiante de ilusión que el ámbito feliz del paraíso terrenal.

Duermes? Escucho la tranquila función de tu aliento virginal y el mesurado latir de tus venas azuladas.

¡ Cuerpo mío, yo te adoro también, no me abandones jamás !

III

PSALMO

Terrible despertar de los ensueños ! ¿ Por qué os jugáis así, naturaleza, con la dicha humana? El mundo desconocido, lo ideal, ya

se marchó. El variado panorama de sus vistas deja impresa la taciturnidad de la nostalgia. Cuando vibran las cuerdas del amor, parecen ir al unísono con la eternidad que avanza y lo real que desvanece. ¡Efímero poder de la ilusión!

***

Señorita:

Cuentan las crónicas que un día soñásteis que vos misma os adorábais, tan poseída estaba vuestra mente de la belleza escultural de vuestras formas! Y nada relaja tanto la virtud como el endiosamiento de sí mismo, ese culto religioso que levanta la superficialidad de los espíritus á la conformación de la materia.

Apartaos de esa senda escabrosa, resbaladero abrupto por donde amenaza rodar al fondo del abismo la tranquila y riente felicidad de vuestros días.

Consagrad menos vuestro pensamiento á vos y prended en vuestra alma un poco del altruismo y otro tanto del deber.

15 de marzo de 1900.

CUARTA

Señorita :

Nunca hubiera imaginado que reservábais á mi leal franqueza un desquite de semejante inaudita felonía.

El arma que esgrimísteis esta vez, es de las armas fuertes que esgrimen los espíritus cobardes. La debilidad de vuestro sexo no es excusa suficiente ; porque la debilidad sexual bien se compadece con la fortaleza de las almas y antes por el contrario, el valor heroico encarnó muchas veces sus más sublimes arrebatos en las formas tentadoras de una mujer. Interrogad si no á Cornelia, esa patricia sin entrañas de la vieja Roma, y á María, esa poética visión del cristianismo, purísimo emblema de la fe.

Habéis delinquido, señorita. De los pecados que á diario siembra la humanidad en su conciencia – de todos los crímenes impenetrable

semillero—y que cándidamente lava con la divina antisepsia de la penitencia, escogísteis la hez como instrumento vengador de vuestra cólera: la murmuración.

. . . . . .

Penetré turbado, palpitante, trémulo, agitada el alma por vagos presentimientos de tristeza y de amargura.

A la entrada del salón, brillantemente iluminado, encontré al dueño de la casa, distinguido amigo mío, quien me invitó á pasar adelante, al centro de la reunión, donde se hallaba su esposa, la feliz cumplimentada en aquel día, fecha de su cumpleaños.

Avanzé resueltamente, procurando vencer el extraño y súbito atrofiamiento de mis hábitos sociales, y me dirigí al grupo de damas entre las que se encontraba, elegantemente vestida, con traje color de lila y cintas negras, la señora de Jiménez, objeto de aquella fiesta íntima.

—Ah!,—me dijo, tendiéndome la mano,—creí que ya no vendría.

—Por ningún motivo hubiera dejado en este día de presentarle á usted personalmente mis respetos.

—Le felicito, porque prueba usted que sabe ser amigo.

No agregó nada mas, y sentí entonces á mi alrededor el murmullo sordo de muchos labios que se mueven á un tiempo, silbando en voz baja las palabras que á veces se dicen alto para llamar tal ó cual atención determinada ó la atención de todos, y carcajadas fuertes que en-

saya el solfeo de las amables hipocrecías mundanas.

Dirigí mi vista al rostro de las damas y ¡ oh dolor ! os ví á vos y leí en vuestros labios la sonrisa irónica y convulsa de un verdugo, cuyo oficio combate todavía el resto de humanidad y de vergüenza que todos al nacer hemos traído.

Me aturdísteis con el fuego de vuestra mirada, fuego satánico que condensaba en un haz de luz la satisfacción de la venganza y la rabia del despecho. Os hice una ligera inclinación de cabeza y presuroso busqué asiento al lado de una rubia, hecha de fina porcelana y ornamentada con tal solemnidad que mejor le hubiera estado la vidriera de una quincalla, altar donde se guardan cuidadosamente los ídolos de los chicos colegiales.

—Señorita, . . . á quién tengo el gusto y el honor de hablar?, la interrogué, en el más modulado de los tonos de mi voz.

—Usted se llama Enrique? . . . —me interpeló á su vez.

—Hasta que usted no ordene otra cosa, señorita.

-Pues bien, me han dicho que usted escribe contra las mujeres unos artículos horribles y, yo soy muy franca—aquí, hizo oscilar pausadamente su busto de muñeca—á mí no me agrada hablar con hombres que matan su tiempo escribiendo mal contra nosotras.

—¡ Oh, señorita, eso es imposible ! ¿Quién puede escribir mal contra ángeles tan puros, impecables, como son ustedes, mandados á la

tierra por el mismo Dios á custodiar la felicidad del hombre?

—Yo no he visto ningún artículo suyo, porque no me ocupo de leer periódicos; pero eso me lo ha dicho fulanita (vos), y agrega que usted lo hace porque se da humos de Tenorio y dice estar hastiado de las mujeres, á tal punto, que el único medio que encuentra para salir de tales estorbos es hablar mal de nuestras costumbres para granjearse nuestros odios.

—Incierto, señorita, eso es de todo punto falso.

—Sí?. . . . pues, en este momento, un minuto antes de entrar usted, nos lo decía élla, manifestando además que era su amiga muy íntima y que le había despreciado cuando usted pretendió conquistar su corazón, que aspira á cosas más grandes y mejores.

Al oír esto, la emoción me embargó y la mudez de mis labios febrilmente contraídos, respondió á mi joven interlocutora.

Después, repuesto de la poderosa excitación, torné á mirar los rostros de las damas, y sorprendí á muchos vueltos hacia mí en curiosa espectación.

Horrible tortura la que me impusísteis aquel día. Bajé la frente abrumado por el peso de vuestros odios.

Habíais vencido !

Pero no, que fue entonces cuando comenzásteis á ceder en esta lucha á que me habéis provocado y para la cual habéis templado el acero de vuestro ingenio y fortalecido el nervio de vuestro ánimo.

Abroquelado en el mutismo recomencé la observación á que os he prometido someteros, para estudiar la sutileza de vuestro espíritu y conocer los espejismos de vuestros pensamientos.

La anciana señora de Jaén, situada á vuestro lado, delgaducha y enteca, encarnación viviente de la sátira, que tosía á menudo como si estuviese solicitada por el terrible mal de la tisis, movía mesuradamente su antebrazo, con gesto rítmico, y se inclinaba hacia vos para cuchichearos cosas al oído que á pesar de su aparente sigilo, os las decía en alta voz: os decía que el cura Mendoza, se había negado á prestarle los últimos oficios al rico señor García, quien por tal razón había muerto en tratos con el diablo, según ciertos indicios que manifestó en sus últimos momentos.

La obesa señorita Ayala, quien de fijo ha visto florecer cuarenta veces la copa del naranjo, pero quien á fuerza de cosméticos y aguas medicinales lucha heroicamente y vence los terribles ultrajes de los años, permanecía callada, con los brazos cruzados sobre el seno de turgencia que se eclipsa ; parecía una santa ; pero interpelada, no recuerdo sobre qué, dejó escapar un tropel de palabras, difusamente, de cuyo balbuceo pude deducir que hablaba en general de los hombres, para reprocharles á todos que eran unos sandios, sin sesos ni sentidos, y unos pícaros de la peor estofa, siendo este el motivo único de su infortunada soltería.

La majestuosa dama vestida de carrubio escandaloso, cuyo estado de casada ó de soltera no pude precisar, á tal punto guardaba cierto

equilibrio en la raya divisoria de ambos estados, semi-entornados los ojos, en actitud hierática y reflexiva como entregada á preocupaciones muy hondas, la ví mover el labio inferior con mueca de soberano desprecio, cuando inquirida por una jovencita, que á lo más frisaba en los quince años, su opinión sobre cierto sujeto que bien sabía la dama era el novio de la niña, le respondió, después, con voz acompasada: pish, . . . no hagas caso chiquilla de semejante mozo; me han dicho que tiene muy mala reputación y es fama que en el negociado de la última falsificación de billetes de Banco, tomó él parte interesante.

Mas allá, en el extremo opuesto al sitio que ocupábais, en un grupo formado por varias señoritas jóvenes, se conversaba animadamente, con risas y vivas gesticulaciones. Entre dos de éllas se entabló el diálogo siguiente: Carolina tiene novio, sabes chica?—Y quién es?—Un desgraciado estudiante que siempre anda por ahí con los zapatos rotos y un vestido que fue negro y que hoy es verde como sus esperanzas —Y de qué vive?—Eso es un problema; pero lo que sí sé es que no tiene sobre qué caerse muerto. —¡Pobre fulanita! y su mamá qué dice?—Su mamá. . . . la tal vieja se hace de la vista gorda y deja que la muy pícara se enamore, pues dicen algunos mentecatos que el muchacho tiene talento y promete para el porvenir.—Pues entonces que sea feliz, no le envidio su dicha. —Ni yo tampoco, ca, chica, cuándo voy yo á hacerle caso á un mocoso de estudiante que apenas si tiene para comprar libros viejos!

Y en un ángulo, junto á la ventana, al parecer inocentemente entretenidas, dos pequeñuelas de las cuales la mayor tendría á lo sumo nueve años, conversaban gravemente, con prematura profundidad; y la rubia, la de las blondas crenchas y trajecito color crema, le decía á la otra inclinándose á su oído: Mira, Adelita, mamá me dijo esta mañana que observara bien si mi maestro, un viejo que tiene una calva más grande que un melón, le hacía señas á Ruperta la muchacha de la casa. Yo no le he visto hacer nada; pero ya inventaré si me preguntan.

Al ponerme en pie, un temblor intenso recorrió todos mis miembros. Llevaba en el alma impreso un doloroso desconsuelo y un triste convencimiento: de que sois incorregible; y el punzante temor—que todos pagamos tributo al *qué dirán* de las gentes—de que tan pronto volviese las espaldas, si no vos, cualquiera otra, esgrimiría su crítica contra mí, con el noble intento, decís de ordinario, de cortarme el smokin para el próximo banquete.

¡Oh, señorita!

Cuando las linfas bullidoras de la fuente murmuran sus cantos de sublimes armonías; cuando la enramada de los bosques modula sus columpios y cimbreos; cuando las aves entonan sus trinos de dulces embelesos; cuando la brisa de la noche sopla sus salutaciones magistrales al espíritu de las sombras y misterios; cuando la luz de las estrellas esparce sus tibias claridades; cuando el aroma de las flores y los frutos bate sus átomos en los senos del ambiente;

cuando el alma de los hombres revela sus meditaciones y sus luchas, la naturaleza levanta el himno de la murmuración y el arrullo universal, el himno del bienestar y de la dicha; pero cuando los labios de una mujer murmuran, no contritos el ferviente rezo á su Creador, ni trémulos la plegaria del amor, el salmo de las pasiones puras, parece brotar de los abismos un engendro infernal que nos hace desgraciados, que ahuyenta la felicidad del corazón !. . .

2 de abril de 1900.

QUINTA

Señorita :

Vaya un cuento á vuestra genial curiosidad.

Un cuento rojo, color de fuego y de sangre, purificador como la llama y en vuestras aras inmolable como el cordero bíblico, pedí á mis recuerdos para consagrarlo á vos, la inquisidora despiadada de las almas en sus más íntimos anhelos, y quién, desde la atalaya formidable de una celosía, escudriña los menores movimientos de aquella parte infeliz del género humano que acierte á pasar cerca de la batería de vuestros ojos.

***

Pareja dichosa y envidiable.

El, un guapo mozo de veintisiete años, de faz tostada por el sol de las llanuras y de alma esparciata capaz de realizar todos los heroísmos.

Cuando efebo cabalga sobre el fogoso alazano en el trabajo de la vaquería, semejábase á un dios adolescente que hubiese descendido del Olimpo á domeñar las fieras de la tierra. Su recia musculatura, su extrema agilidad y su destreza, impresionaron vivamente al viejo llanero dueño de los hatos, quien á su muerte le instituyó su heredero universal. De pobre hecho rico en un golpe de péndulo del reloj de la fortuna, quiso disfrutar de la vida espiritual que habia soñado desde niño—ideal que le fortalecía en la noche continuada de su negra desventura—y vínose á la capital de la República. Su naturaleza dócil y asimilable al medio, bien pronto modificó sus hábitos y gustos. Acaudalado, pleno de savia juvenil y con un mundo de aspiraciones en el cerebro, no tardó en figurar entre los buenos partidos que para sus hijas solicitan padres de familia escrupulosos. Su nombre: Arturo.

Ella, caraqueña de pura raza. Se había educado en el colegio del Sagrado Corazón y poseía refinamientos de estética y sentimentalismos admirables. Hermosa y también rica, de todo su sér trascendía ese adorable *chic* de nuestras mujeres elegantes. Hija única del honorable señor Rodríguez, opulento comerciante, había mirado con desdén las propuestas de matrimonio que hasta entonces le habían sido dirigidas. Real criolla, color trigueño sonrosada, paseaba indiferente ante los hombres su romanticismo y su belleza. Su nombre: Arminda.

Se vieron la noche de un domingo en la

Plaza Bolívar y el fuego de una simpatía irresistible fundió sus almas que se amaron desde entonces intensamente y se recrearon en idilios purísimos y tiernos. Un día brumoso y gris del invierno, en que el firmamento habíase convertido en océano desbordado y las calles simulaban arroyos impetuosos, una numerosa comitiva era conducida en carruajes de lujo á la puerta del Concejo Municipal y media hora más tarde al templo de Altagracia. El Presidente y el cura bendijeron la unión de aquellos dos séres que soñaban con el mundo ideal de la felicidad absoluta y á quienes parecía sonreír la radiante aurora de un perpetuo amor.

¿Quién hubiera sospechado que más veloz que sus caricias vendría entre ellos la desgracia á interponer su sombra pavorosa?

Y sin embargo así fue.

Uno de esos espíritus abyectos, cobardes y traidores, aventados sin duda por el aliento de Satán, mantenía resentimientos muy hondos contra el esposo feliz, por no haber conseguido de éste en cierta ocasión, una suma de dinero para apostarla en la mesa de un café, y á partir de esa fecha se revolvía en terribles proyectos de venganza.

Sabedor de la boda de su inservicial amigo, ideó un plan que, ejecutado, emponzoñase la dicha de su víctima jurada. Y, al efecto, al día siguiente de los castos desposorios, atisbó el momento en que salía Arturo de su casa y presuroso llamó un pilluelo y puso en sus manos una carta. Toma, le dijo, esta carta, llévala á aquella casa de frente verde y pre-

gunta por el señor Herrera; si te dicen que no está ahí, dí que tienes una carta para él, pero que te han encargado no entregársela á ninguna otra persona. Te vienes, y cuando llegues á la puerta, te devuelves y la das á cualquiera que te salga.

Bien sabía el perverso que iba á explotar vuestra curiosidad, ¡oh mujeres!

Cumplió el muchacho á cabalidad el mandato y depositó la carta en manos de la bella Arminda.

De quién será, se preguntó ésta, y fijó su mirada en la escritura de la cubierta, ¡cómo, exclamó, si es letra de mujer!....

Si la hubiéseis visto, la pobrecita! Tembló de pavor, de angustia, de desesperación á un tiempo y frío sudor inundó la blancura de su frente.

Dirigióse vacilante, como si errase en una soledad, á la alcoba nupcial, donde momentos antes había sido tan dichosa. La recorrió de un extremo al otro extremo muchas veces y detúvose otras tantas ante el retrato de su esposo: Arturo, qué mujer te puede escribir á tí? ¿Tú no me has dicho que no tienes madre, ni familia, entonces, qué mujer puede escribirte? Dime Arturo, ¿tú me engañas,? ¿no es verdad que no me engañas?

En tanto acrecíase su agitación punzando su alma dolorosamente.

Qué hacer, la abriré? Y su pensamiento permanecía mudo, extático, ante la monstruosidad delictuosa de aquel enunciado. ¿La abriré? se repetía. Por qué nó, no soy su esposa acaso?

Y poco á poco la fué poseyendo aquella idea. ¡Lucha titánica entre el imperio de un deseo y el deber de una conciencia inmaculada!

No duró largo tiempo. El principio del mal quedó triunfante y se cirnió con gesto de césar romano sobre el cuerpo exánime de su adversario. Ya no imploraba, ordenaba. Pretendió violar la ley moral con la seducción de su ministro, no lo consiguió; pues luchó y venció y junto con su triunfo decretó la consumación del pecado.

Con la respiración contenida, demudado el rostro, brilladoras y feroces las pupilas como las de la leona cuando acecha, Arminda leyó la carta que en fina letra de mujer decía:

"Arturo mío! hoy he sabido que anoche te casaste con la mujer que odio Yo estoy loca! Cuando viniste la última vez reñí contigo abiertamente porque te negaste á romper tu compromiso. No supe lo que hacía. Esto tenía que suceder así, porque así estaba decretado en los designios de la Divina Providencia, y yo me conformo. Madre de dos hijos tuyos, sí, tuyos, Arturo de mi vida, no tengo derecho á reprocharte nada. Ven esta noche sin falta, para que todo lo olvidemos en el seno de nuestro inmenso amor. Me consuela, sin embargo, lo que me dijiste de que tú no querías á esa mujer maldita y que ese matrimonio lo realizabas por conveniencia, pues te encontrabas arruinado, y ella, ya que no tiene corazón ni hermosura, tiene el dinero que necesitas. Recibe besos de Luisito y de Virginia. Si su-

pieras, ésta es toda una bribonzuela, ya pregunta por su papá. Bendícelos. Te espera ansiosa tu siempre queredora

Carmen."

¿Habéis visto alguna vez en noches de tempestad romperse el cielo al lumínico foetazo de la chispa eléctrica?

¿Nunca habéis presenciado el desplomamiento aterrador de las ciudades al impulso de una convulsión de nuestro globo?

El alma de Arminda ante este golpe trágico, remedó la caída de las ciudades y la ruptura de los cielos.

Cayó sin sentido sobre el lecho y el eco de sus gemidos y sollozos pobló largo tiempo los aires de la alcoba.

Agitábase en su cerebro la mas ruda de todas las tormentas: la de los desengaños; y todo su sér era oprimido por el intenso sufrimiento de las rabias sordas que no estallan y de los perplejos sentimientos que no obran.

La fiebre se apoderó de su cerebro y en su delirios su razón monologaba:

Y yó que me creía tan feliz!.... ¡ah, Dios mío! ¿Por qué Arturo no me dijo nunca nada?... Si él me hubiera dicho, yo habría cedido mi puésto á esa mujer;..... pero nó, eso era imposible, esa mujer es indigna de mi Arturo. Y él?.... ¡pérfido que me engañó! ¡Cuánto sufro Virgen Santa! Qué haré, Dios mío?..... ilumíname!....

Y continuaba su mente espaciándose en la terrible alucinación de la catástrofe, en tanto

que su cuerpo, tendido sobre el lecho, permanecía inmóvil, en la rígida tensión de los cadáveres.

Transcurrieron así tres cuartos de hora. De súbito púsose de pies y, sonriendo, irradiando casi satisfacción en su semblante, exclamó: Eso es, esta noche me voy á convencer. Y palmoteaba alegremente en una de sus piernas.

Peinó su desgreñada cabellera y para esperar á su Arturo, ciñó á su faz la máscara de una hipócrita tranquilidad.

Pocos instantes después llegó aquél protestándole á Arminda mil amables excusas por su tardanza y le comunicó la noticia de que, como esa tarde había llegado de Valencia su apreciado amigo el general Villanueva con su familia, iría por la noche un momento á saludarles. En otras circunstancias Arminda habría suplicado á su marido que no la abandonase aquel día, el primero de su vida conyugal; pero en aquellas, se contentó con ahogar entre su pecho un suspiro de inmensa pesadumbre.

Abreviaré.

A las diez y media de la noche salía Arturo de casa de su amigo el general Villanueva. Las calles estaban desiertas y una garúa menuda y fastidiosa caía del cielo. Apresuradamente inició su marcha camino del hogar y al llegar á la próxima esquina, un individuo, de catadura sospechosa, de hongo sombrero calado hasta las cejas, le acercó el rostro, como si pretendiese reconocerlo. Continuó su ruta y observó á poco andar que era seguido por el mismo individuo de la esquina. Llegado á su

casa, en el momento mismo que traspasaba el umbral, su original acompañante se le acercó violentamente con los brazos abiertos y sin proferir una palabra.

Pero más pronto que el relámpago ilumina, cayeron dos balas sobre el pecho del presunto asesino, quien rodó sobre el embaldosado de la calle y juntamente con su caída se despojó su faz de la negra careta que la encubría, y, ¡oh sublime y trágico dolor!, en aquella faz de moribundo reconoció Arturo á su esposa idolatrada.

Qué había sucedido?

Arminda, en un rapto de locura, había ideado aquel disfraz para seguir á su esposo creyendo que éste iría esa noche fatal casa de Carmen, creencia que fue confirmada con el anuncio que le hizo de su visita al General Villanueva. Apostada en una esquina por donde debía regresar Arturo, le vió venir y le siguió hasta la casa y entonces, frenética de gozo, plena de felicidad al ver disipados los sombríos presentimientos de sus celos, se olvidó de su traje y embargada por la emoción, sin articular una sílaba que la diese á conocer, quiso abrazar á su marido y confundir en el amante seno la confesión de su pecado y la súplica llorosa del perdón . . . . . .

Y á consecuencia de tan vivo choque de su alma con la fatalidad impía, experimentó Arturo la pérdida de su razón y fue más tarde conducido á un manicomio.

¡ Oh curiosidad culpable y culpables celos, lo que habéis causado !

4 de mayo.

SEXTA

Señorita :

El ugier de mi palacio—tugurio de estudiante,—mi blasonado lacayo,—la vieja Ana Josefa,—me ha entregado esta mañana, cuando restregaba perezosamente mis párpados inflamados á fuerza de estarse recogidos en el sarao de la Marquesa del Pino, la segunda esquela con que habéis querido honrar á este vuestro adicto caballero .

Su texto dice así :

" No sospecho cuál pueda ser el objeto que usted se proponga al dirijirme en miserables papeluchos sandeces propias de un plebeyo. Mi padre, el bravo general que combatió en Cuba al lado del Mariscal Martínez Campos, me ha llamadó hoy á sus habitaciones para inquirir qué especie de vínculos me unían al canalla escritor de unas MISIVAS que, según el público rumor, estaban encaminadas á desdecir de mi

honra y mis virtudes. Le negué rotundamente siquiera el conocer á usted, haciéndole ver que estos no son aquellos tiempos en que los trovadores y los siervos hacían su agosto de conquistas y el amor de una dama se daba sin miramientos de clases ni de rangos. El quedó satisfecho; pero mi novio, que siente arder en su sangre la altiveza y el coraje de su ilustre linaje, anoche ante las rejas de mi ventana, juró, por las sagradas cenizas de su abuelo y por la fe de sus dioses lares, arrojarle á usted el guante de su noble mano, si usted no hacía una pública retractación de las críticas que sus odios de vasallo y el despecho de su aspiración ridícula, le han hecho escribir en contra mía. Así es que le aconsejo, amiguito, cese en su tarea de moralista cursi y siga vaciando en su cerebro las tontadas de la ciencia y de los libros, que bueno está usted, para procurador, notario, ó polilla de Tribunales, que es lo mismo."

Todavía en mi mente resonaba el trote acompasado del hermoso tronco normando que tira de vuestro elegante cabriolé; en mi espíritu flotaba la silueta de vuestro rostro fililí y de vuestro cuello de gacela envuelto en la gasa vaporosa, y ante mi vista surgió el pórtico vetusto de vuestra casa solariega, la que tiene apariencias de viejo castillo señorial.

Mucho me habían dicho de los sueños vagarosos que os hacían vivir en los regios campos del azur, donde moran los leones y se ejercitan los invencibles dragonarios, y que de los tiempos medioevales, las coronas de condesas

y las flores de lis, recordábais con frecuencia, refiriendo á las épocas del feudalismo vuestros anhelos augustos, tan augustos como vos, señorita.

Habíanme hablado de vuestros hábitos de grandeza, obligados á existir en medio á una sociedad demagógica, con infortunio nunca bien ponderado de vuestro corazón, el que nacido para latir ante los amorcillos y estatuas con que la antigua nobleza exornaba sus mansiones, ha sido violentado á palpitar lleno de angustia en la asfixiante democracia de estos pueblos, desprovistos de la pompa aparatosa de esa agrupación de pergaminos que habita el barrio de San Germán.

Y no se limitaron á esto los comentadores incesantes del caprichoso código que rige vuestra conducta, sino que, penetrando groseramente en el alcázar de vuestros pensamientos, me refirieron más tarde ¡ oh señorita !, de vuestro orgullo presuntuoso las formas intangibles. Cuentan éllos que, cuando los hombres de mi país levantan el vuelo de sus aspiraciones hasta vos, vos levantáis en vuestro ánimo la barrera infranqueable del desprecio y medís la virtud y el talento, los méritos intrínsecos y los resplandores de la gloria conquistada, de vuestros pretendientes, con el desdén de los soberbios, que siempre miráis debajo de vuestros hombros la erguida cerviz de los espíritus heroicos y honrados. Y más de uno me asegura haber oído el leve murmullo de vuestros labios cuando alguien en el paseo interrumpe el paso de vuestra carretela descubierta, y que decís con irri-

tada majestad: sigue palafrenero, no detengas el carro de tu reina.

Ah! si á esto únicamente se ciñeran, no pesaría tal vez sobre vos la tremenda acusación que os dirigen de que estáis desposeída de todo sentimiento noble, de toda pasión ideal, de toda tierna aspiración, de toda forma del afecto y del cariño. Dicen, que todos vuestros pensamientos y todos vuestros actos, obedecen á una calculada conveniencia y son el producto de una estudiada afectación melodramática. Que á veces vuestra manía de alcurnia se trueca en la manía de las riquezas, ó mejor, que permutáis vuestros títulos de noble por la deslumbrante esplendidez de las monedas, y que bajo esta faz de vuestra esterilidad sentimental, sólo consideráis dignos de aprecio á los que ostentan pedrerías y se cubren con el oropel de las estultas vanidades y sólo tenéis sonrisas y frases amables para los que trajean vestidos elegantes de fino casimir y pasean todas las tardes por las calles de Caracas en coche tirado por hermosa pareja americana, aunque tengan el alma prostituida, relajada la conciencia y hecha girones la honra y pavesas la vergüenza!

De todo había dudado, aun cuando las noches de representación *smart* en el Teatro Municipal, más de una vez os ví calar el monóculo á cualquiera de vuestros ojos y pasear la vista, de hito en hito, sobre las cabezas de los espectadores como si buscáseis el brillo de una corona ducal; aun cuando no asistís sino á aquellas festividades religiosas en que su Ilustrísima, Monseñor, el Arzobispo de Caracas y

Venezuela, oficia de pontifical, y aun cuando sé de muchas de vuestras amistades despedidas por el grave doméstico, sin miramiento alguno, al ir á visitaros los días que no son de recibo en vuestra casa.

Pero ha sido hoy, leyendo en vuestra esquela que trasciende olores de patricia y se engalana con escudo, cuando he venido á comprender á dónde alcanza la fatuidad de vuestras pretensiones. Me inspirásteis lástima peregrina chiflada de grandeza.

Para vuestra satisfacción, para colmo de vuestro regocijo, os participo que mis facciones se contrajeron nerviosamente en el estallar violento de la risa y que no aliviado todavía en el ansia de la burla, llamé á mis camaradas, los alegres pensionistas de la casa, para leerles en sesión solemne vuestra original explosión de odios Fuísteis objeto ¡ oh linajuda y encopetada dama !, de las pullas más graciosas que hasta entonces había oído. El salado Angito, el chispeante bromista en nuestras tenidas de estudiante, preguntó en el más candoroso de los tonos si érais vos la real primogénita de algún Emperador de Catia.

Mas tarde, movido á compasión--que siempre la desgracia del ridículo hace vibrar en mi sér la nota de la ternura lastimera—tomé la pluma para dirijiros los consejos que la presente encierra.

Señorita :

Los humillos de nobleza, los aparatos señoriales, los usos aristocráticos, las vanidades

de la sangre y los privilegios de la cuna, son plantas exóticas que no encajan en este medio étnico, ni siquiera cuajan botones ni retoños sus corolas y raíces.

Aquí donde la igualdad política concluyó los fueros de las castas y donde germinara esa gran revolución que se llamó la Independencia de la América del Sur, no es posible que puedan coexistir á un tiempo la verdadera grandeza de las almas, la que estriba en el propio esfuerzo y levanta al hombre por sobre las preocupaciones sociales y la nimiedad pueril de las gentes que valoran y pesan á los hombres por el color más ó menos azulado de sus venas y por la antigüedad más ó menos remota de sus palimpsestos genealógicos. Aquí no consagran presunciones de nobleza ni levantan parentelas de los tronos. Aquí, señorita, los ciudadanos viven olvidados de que existen palacios de reyes y señores, y libres, muy libres, levantan su voz republicana que á veces se condensa, se arremolina y repercute con estruendo pavoroso en la conciencia de los prevaricadores, de aquellos que traicionando la virtualidad de las instituciones no han temido el furor de las tempestades populares.

Los presuntuosos, los que se encogen de hombros y miran de soslayo á la multitud en cuyo medio viven, se captan su repulsa instintiva. Y el odio de la multitud es el peor y el más formidable de todos los anatemas.

En la que vos vivís, abatió el poder de los monarcas y proscribió para siempre de sus códigos los fueros de la nobleza.

Una sonrisa para todas las debilidades, una excusa para todos los defectos, un perdón para todas las ofensas, la tolerancia para todas las pretensiones, y la modestia, en fin, para las aspiraciones propias, hé aquí la suprema filosofía y la más alta educación de la mujer, la que no blasona de la grandeza de las cunas sino de la gentileza de las almas.

Esa es la que para vos deseo.

21 de mayo de 1900.

SÉPTIMA (*)

(*) Esta misiva la dedico á una hija muerta: la ilusión. El caminante que recorra el árido desierto de estas páginas, puede salvar su planta de este lloro amargo que vierten mis ojos sobre la tumba que tan temprano abrió en mi corazón la felonía de una mujer.

El Autor.

Señorita :

Sabéis acaso de esa virtud, risueña y seductora, que denominan sinceridad?

Conocéis quizás ese lenguaje, puro y armonioso, que se apellida franqueza?

Habéis dicho tal vez esa palabra, esplendorosa y bella, que se intitula verdad?

Nunca!

En los pérfidos repliegues de vuestra alma, siniestra como el abismo y como el abismo atrayente, habéis sabido sepultar desde muy niña, vuestros pensamientos é inclinaciones, para seducir al mundo con vuestra perpetua inmaculez que maravilla.

¡Pobre huérfana, encarnación de la mentira, modelada por Satán á falta de madre que guiara vuestra conciencia, yo os voy á arrancar sin piedad la careta que cubre la repugnante desnudez de vuestra alma pecadora!

Sabed que víctima fuí de vuestras lágrimas fingidas, las que también á mí me hicieron llorar de angustia y de dolor: sabed que, herido en lo más íntimo del alma, lloré después desesperado cuando pude medir la inmensidad de vuestra monstruosa hipocresía, y sabed, por último, que hoy lloro de placer trazando con mano vengadora el castigo al ultraje que inferisteis á mi corazón de joven, para dar un alerta generoso á corazones jóvenes como el mío y nobles como todos los que no hayan descendido todavía al sombrío nivel en que se encuentra colocado el vuestro.

Vos sois una reo. En el banquillo de los acusados sentada estáis. Yo os pregunto, el público me oye y vais á responderme.

¿En qué sublime escuela aprendísteis el admirable desempeño de los papeles que hacéis en la trágica representación de vuestra vida?

Cuando nada vedado á vos existe en el mundo; cuando sabia, plena de suspicacia y de malicia sois como la humanidad; ¿dónde halláis ese aire de castidad y beatitud; esa mirada límpida, celeste, como la de la Virgen de Murillo; ese timbre dulce, suave, que muestra vuestra voz y que trasciende á limpieza é inocencia; esos gestos y arrebatos magistrales que revelan la intrépida sencillez de la ignorancia; esa alegría infantil que os conduce á jugar y á travesear como los niños y con ellos?

¿Vos, que sois fría, muda, insensible como estatua, ajena al sufrimiento y al dolor,

de dónde arrancáis esas lágrimas de fuego, ardientes, expresivas, que conmueven tanto y que tanto laceran los ojos que las miran?

¿Vos, que pensáis en todo, menos en el voto, de dónde sacáis ese sueño de monómana capaz de aterrar á cualquier alma piadosa?

¿Vos, infiel, dónde aprendísteis á jurar con entusiasmo tanto?

¿Vos, indiferente, de dónde extraéis esos gemidos, esos ayes soberanos como nunca los lanzara una madre en presencia de su hijo moribundo?

¿Vos, refinada engañadora, dónde vísteis la virtud que copiáis á maravilla?

El mundo os toma por un ángel, ¿qué os falta? . . . las alas, para caer también como Luzbel. Los menos avisados os juzgan una mártir . . . decís de sufrimientos tantos! Los más observadores creen de vos que sois una santa que pecó y lavó después la inmundicia del pecado . . . yo os tomé por Magdalena arrepentida.

Mis recuerdos de ahora no son los vagos, trémulos recuerdos de la infancia; son los recuerdos imborrables de la primera juventud que atraviesan, como caravana los desiertos, el piélago de la existencia mía, marcando sobre la arena movediza de las ilusiones su planta peregrina. Por el mal que ellos me han hecho mantengo sobre vos suspenso el anatema de mis odios.

Vuestra ligereza de hoy, no es el excusable olvido de la niña que amó en la cuna lo mismo á un pájaro de plumas multicolores

que á un hombre que entonase los himnos del amor. Vuestro olvido es un perjurio que nació en la sombra satánica de vuestra conciencia y vino á morir en el sepulcro todavía humeante de mi corazón.

De aquellos recuerdos no conservo sino un espectro que á veces y á pesar de su espantosa gelidez, suaviza el rigor de mis pesares y mitiga la amargura de mi triste decepción. Ese espectro, envuelta su osamenta en el sudario de los sueños, me toma de la mano y me invita á penetrar de nuevo en los círculos de la esperanza y de la dicha. Con él vuelvo á veros todavía pura, inmaculada, luminosa concepción de mi fantasía romántica ; de nuevo os tomo del brazo y á lo largo de las avenidas del parque, bajo la sombra de los nísperos de verde y poblada copa, os recito delirante el credo de mi pasión intensa y os comunico el fuego de mis secretas ansias y de mis juramentos inviolables. Con él escucho otra vez el timbre argentado y vaporoso de vuestras palabras, llenas de protestas, santuarios del amor, y, como los pensamientos que expresaban, plenas de perfidia, exhalando el néctar venenoso del engaño ; y otra vez la luz de vuestras pupilas penetra por las mías é inunda mi alma de las delicias sublimes de la fé que había perdido.

Ah ! cuando me llegué á vos, venía de muy lejos, de un país que todos hemos visitado, tétrico como las tinieblas de la sima y sombrío como la desesperación eterna de los réprobos : el país del desencanto. Y así como

se llega sediento el caminante á la ribera del riachuelo cristalino para apagar la sed que le devora, me acogí á vos, por que os creí ángel de bondad descendido de los cielos á la tierra para consolar á los que gimen, y porque os creí también desgraciada y víctima de la crueldad humana, os ofrecí el apoyo de mi brazo, que le harían pujante mis anhelos, y como se ahogan en el océano las aguas del Amazonas caudaloso, el Amazonas de mis dudas ahogó sus aguas en el océano ideal que vuestro sér me hizo concebir.

¡ Oh, trágica admirable ! . . .

No son vuestros perjurios, que todos los perdono, ¡ sois mujer !, lo que conturba mi espíritu y enloquece mi razón, no. Lo que yo no os perdonaré jamás es la cruel lapidación que hicísteis de mis hermosas ilusiones, es el surco glacial que abrió vuestra falsía en el campo de mis bellas esperanzas.

Para analizaros á vos yo he tenido que hacer un llamamiento vigoroso á los desconsoladores postulados de la superior filosofía ; he tenido que forcejar como titán para abatir las ondas tempestuosas del amor que picoteaba en mis entrañas como los buitres en las entrañas de Prometeo encadenado ; he tenido que mirar desnuda la canceración horripilante de las almas y aspirar con fuerza el vaho letal que ellas despiden.

Sois una esfinge . la esfinge del mal ; y así como en las inmensas soledades del Egipto la muda esfinge es una diosa y gobierna con imperio soberano, en los estériles desiertos

de vuestra sensibilidad, augusta señorea la maldad de vuestros pensamientos.

Queréis conmover y por vuestras mejillas corren lágrimas como torrentes desprendidos de la cumbre de algún monte. Queréis conquistar y vuestros labios dibujan tiernas y embriagadoras sonrisas, vuestras pupilas reflejan la vivacidad de la pasión y envían en sus chispazos mundos de dulcísimas promesas, y vuestro pecho lanza suspiros más leves que el rumor de una violeta agitada por la brisa. Queréis romper un juramento y os tornáis serena, distraída é impasible.

Qué bien manejáis el arte escénico!

Y después, descubierta la comedia, qué habéis ganado, señorita?

La sociedad en cuyo medio vivís y á cuyas expensas verificáis la comisión de vuestras culpas, consagra un término para calificaros: hipócrita; y guarda un castigo mil veces más tremendo que el flagelo de los cilicios que soñáis cuando os acometen los delirios y las ansias de los claustros: el desprecio.

Habéis hollado lo más santo que restan los despojos de la humanidad primitiva é inocente, de su infancia poética, de sus tradiciones y leyendas, cuando la acción del hombre era medida é impulsada por el sentimiento noble, habéis hollado la virtud. La habéis erigido en antifaz de vuestros vicios y esa humanidad que aun alienta en su caída, por el ejercicio de esa virtud, la aspiración de su engrandecimiento, os maldice á vos, la sacrílega en el templo de su ídolo.

Y yo, vuestra víctima, que levanto con estrépito la lápida marmórea con que cubrísteis el sarcófago de mi pasión infortunada, he jurado ser pregonero incesante de vuestras imposturas. Ya no seréis reina en el corazón de ningún hombre; vuestro cetro habrá rodado por tierra y vuestros súbditos huirán de vos al veros destronada. Sois sirena, vuestros hechizos cautivan todavía; pero la multitud de navegantes cuando en alta mar escuchen vuestros cantos, se acordarán de mí y rápidos se alejarán de vos.

¿Qué triunfos habéis obtenido?

¡Pobre peregrina de la vida, proseguid vuestro camino interrumpiendo el sueño sosegado de las almas; pero ¡ay! de vos cuando ellos despierten y en esa pendiente fatal del fingimiento, os impulsen á rodar hasta el abismo.

1º de junio de 1900.

OCTAVA

Señorita :

Esta vez, como Sthendal, he tomado el tono en los artículos del código para dirigir mi último flajelo sobre las espaldas de ese mónstruo de los vicios que ha clavado sus garras y tiene formada su guarida en la exquisita impresionabilidad de las almas femeniles. Y esto porque vosotras las mujeres, sois producto ineluctable de la postrera sensación que experimente la suprema irritabilidad de vuestros nervios, y he juzgado que la aspiro á despertar en vos; sería más poderosa, si, despojando á mis pensamientos de las galas pomposas del idioma, os los presentase tal cual ellos han nacido de mis preocupaciones y mis dogmas.

Hace ya algunos días que, al finalizar en la mañana el eco lento de la sexta campanada del reloj de Catedral, escucho el menudo y ligero taconeo de una persona y, segundos más

tarde, aparece dibujada en los vidrios de mi ventana la silueta de una cabeza de mujer arrebujada en negro abrigo. A la incierta luz del crepúsculo matutino apenas si divisaba el contorno de sus facciones, vueltas al cielo, como si en el ángulo de inclinación que formaban sus miradas con la convexidad gris del firmamento, existiese el fuego atrayente de una estrella.

Quién será la matinal paseante que taconea con afán inusitado, como si fuese movida por ideas dominadoras y persistentes?

No sé por qué me producía inexplicable sentimiento de melancolía y de lástima aquella cabeza de mujer, silente y taciturna. Las páginas del libro en que leía desaparecían á mi vista, y subyugaba mi espíritu una fuerza misteriosa que le arrastraba á vagar por el país de la quimera. Caprichos de la hora! . . . ó tal vez el recuerdo de los votos con que vos me hacíais llorar antes de nuestro rompimiento.

La periodicidad de este fenómeno de la fantasía, excitó en mí el deseo de quitar la atracción del misterio al paso de la ordinaria caminante, y me prometí conocerla el día siguiente, precisamente el día del *Córpus*.

Al primer toque de campanas con que á las cinco de la mañana convocaba en esta fecha clásica á los fieles la Iglesia parroquial de Santa Rosalía, salté del lecho lleno de impaciencia.

Tomé un libro al acaso y lo coloqué abierto ante mis ojos, que veían sin mirar la amarillenta palidez de las hojas pobladas de caracteres simétricamente ahilados.

Dieron el segundo toque á las cinco y media,

y cuando el eco de las campamas al dar el tercero se perdía en las amplias ondulaciones de la atmósfera, sentí sobre la acera el menudo y ligero taconeo.

Quién podrá ser? Abramos—me dije—y al dibujarse la primera sombra sobre el vidrio, la sombra de un bucle rebelde, corrí velozmente el pestillo y junté mi frente á la balaustrada húmeda y glacial de la ventana.

Vos, que habéis leído el Año Cristiano, podéis medir la súbita y poderosa abstracción de los espíritus ante las apariciones extraordinarias, la misma que en las santas alucinadas provocara el sublime arrobamiento de los éxtasis, y que, en aquel instante me poseyó á mí, al reconocer en el rostro de la matinal paseante, vuestro rostro, transfigurado y perdido casi entre los pliegues del abrigo.

Erais vos, no era posible engañarme, vos, que habías trocado los trajes y la vanidosa ostentación de las almas que viven en el pecado, por el sayal de las gentes que hacen penitencia y solicitan en la devoción y en los templos la redención absoluta de sus culpas.

Y os ví alejaros, vuelta vuestra cara al cielo, los brazos cruzados sobre el bajo seno, llevando en las manos un libro místico y taconeando menudamente sobre el pavimento. Caminabais de prisa, y me parecisteis, cuando en la semi-oscuridad de una boca-calle perdí de vista la blancura de vuestra muselina, una visión ultra-terrena visitando los escondrijos del planeta.

Lentamente cerré las hojas de la ventana

y ejecutando movimientos maquinales comencé á vestirme.

A dónde iba?.... no lo sé, ni tampoco recuerdo lo que pensaba en aquel momento; pero si recuerdo y sé que me encontré en la calle caminando con dirección al templo por la misma ruta que vos habíais llevado.

Al llegar á la angosta plazoleta las notas graves del armonium me impresionaron vivamente y penetré en el templo, turbado el ánimo, por la nave lateral de la derecha.

No estaba la misa muy concurrida aquel día, tal vez por lo temprano de la hora ó porque se reservasen los fieles para la solemnidad de la fiesta. Algunas viejas arrellanadas cómodamente en las sillas, dormitando y moviendo mesuradamente los labios, modulando con voz ininteligible un rezo, y cuyas cabezas oscilaban, se iban de los lados y de frente con impulso súbito que dominaba un segundo después la fuerza de los músculos puestos en tensión. Había pocos hombres, casi todos de pies en actitud hierática, y uno que otro mozuelo que cruzaba las naves investigando con visual escrutadora algún semblante juvenil de hembra á quien galantear con una mirada ó un requiebro de amor.

Caminé despacio directamente hacia el altar de la Dolorosa y llegado allí me coloqué en el ángulo, cuya oscuridad brindaba asilo á mi neurosis.

Junto á la mesa donde deposita el acólito las vinajeras y los blancos purificadores y corporales, estábais vos, puesta de hinojos, leyendo

en vuestro devocionario con un silabeo místico, silbado, suave, como de beata abstraída en la oración.

En el templo imperaba la solemne quietud de los espíritus confundidos en el seno del Altísimo, la suprema tranquilidad de los justos que no temen el demonio. Este silencio era interrumpido de manera imponente por la voz del sacerdote y ayudantes, seguida por las vibraciones del armonium, acompasadas, al unísono del canto con que respondía el maestro de capilla.

Sólo cuando el oficiante levantó la hostia sagrada, de blancura mate, oscurecida en su centro por la señal de una gran cruz, se sucedió un ligero movimiento de sillas y reclinatorios y se escuchó el sonido de toses secas, exhaladas por los que esperaban este momento para sacudir la asfixia de la garganta y de los pechos. Entonces vos también levantasteis la vista para contemplar la blanca forma eucarística y llevasteis sobre el seno, en el lugar del corazón, vuestro puño cerrado, murmurando con voz emocionada las palabras de la augusta adoración.

Después, el vago murmullo del Padre Nuestro elevado al trono de Dios por la multitud creyente en la sublime invocación de su Providencia misericordiosa y grande. Y por último, las manos del sacerdote derramando sobre aquellas cabezas la bendición del cielo preñada de esperanza y de consuelo.

Iban saliendo los devotos unos tras otros, cumpliendo antes el rito de persignarse con

el pulgar mojado en agua bendita ; mientras que vos permanecíais inmovil, absorta en la plegaria, imagen de la fé exaltada al paroxismo, viva encarnación de nuestra raza histérica y fanática.

Transcurrieron así algunos instantes y de pronto, como si despertaseis de un letargo en el que hubieseis estado sumida muchos días, dirigísteis la mirada alrededor con vaguedad beatífica, poseída todavía por el espíritu del salterio y la luz de los tronos celestiales.

Luego, haciendo una profunda reverencia al Santísimo Sacramento, iluminado por cuatro cirios que chisporroteaban perezosamente, caminasteis con paso mesurado hasta llegar al confesonario y ahí caísteis nuevamente de rodillas y acercasteis vuestro rostro al ventanillo enrejado.

Debían de ser muy tremendas las dudas que gravitaban sobre vuestra conciencia, pues más de media hora duró la confesión de vuestras culpas, que hoy tampoco pueden ser muchas dada vuestra vida conventual y sí deben de estar agravadas por las exajeraciones y sutilezas de la santidad temerosa del pecado.

Cuando comprendí que érais absuelta porque os ví rezar en alta voz el acto de contrición, salí del templo á esperaros, aguijoneado por la curiosidad de estudiar en vos las manifestaciones de aquella conmoción de idealismo religioso y de beatitud angélica.

¡ Oh, señorita !, cuán cambiada en tan pocos días ! . . . Vos no podíais ser la elegante joven que se descotaba hasta el nacimiento

de los brazos y del seno, para asistir á los grandes bailes del snobismo caraqueño luciendo la mejor modelada garganta que hubieran podido soñar los genios de la estatuaria! Tan delgaducha os encontré y os creí tan débil, que tuve temores de que cayeseis al contacto de la muchedumbre que entraba á la festividad del *Corpus*. Vuestra piel mostraba un color terroso y tintes extraños, indudablemente producidos por las maceraciones del cilicio. De vuestros ojos, que giraban en dos grandes órbitas, de concavidad profunda y amoratada, salían dos haces de luz mortecina, como rayos de hoguera que se extingue á fuerza de faltarle combustibles. Sobresalidos los pómulos, las mejillas enjutas y los labios encogidos y delgaduchos, plegados sobre la barba como si constantemente hiciesen una mueca de desdén. Las manos descarnadas, una de las cuales al posarla sobre vuestra lacia cabellera para sujetar una peineta, resbaló sobre vuestro hombro . . . ¡A qué estado os había conducido el ascetismo! . . .

Y recordé entonces vuestras graves amenazas de ser Hermanita de los pobres, y que uno de mis amigos me dijo un día que vos, en una de vuestras genialidades y caprichos, habíais hecho voto de castidad y os habíais consagrado á llevar vida de beata, comulgando diariamente y trajeando casi, casi, los hábitos monjiles. Cuando tal me dijo lancé una carcajada, imaginando que vos lo haríais, como muchas, únicamente por satisfacer una vanidad de mujer á la moda, haciendo ostenta-

ción de fe no sentida á imitación de los antiguos fariseos; y que si íbais á los templos con frecuencia, iríais como tantas otras que, profanando su recinto sagrado, se dan en ellos citas con sus novios y van á las fiestas solemnes de larga duración, como pudieran ir á los Teatros á lucir la belleza de un tocado ó á coquetear á la muchedumbre masculina.

No soy, señorita, de los que creen en ese poderío de abstracción que presupone una plegaria de tres horas, cuando si, precisamente, por la oración vuelve el alma á confundirse en los senos de que fué creada, élla debe de ser profunda, austera y absoluta, como son profundos esos senos, como austera es la fe que á ellos nos conduce y como absoluta es la razón que nos gobierna.

Señorita:

El imperio de la Religión sobre las almas tiene por linderos: el camino de la virtud sinceramente profesada y el interés social de los humanos. Ella tiene por objeto purificar la conciencia y prepararla en esta vida para la trasmigración al paraíso; pero nunca debe entrabar la marcha de la humanidad en su movimiento ascensional derrotero del progreso; porque la sustracción ó supresión de una actividad individual y concurrente, implica el hecho delictuoso del suicidio, jamás justificable.

Yo os quiero cristiana, creyente, iluminando con los destellos de vuestra casta fe

las sombrías tinieblas de la duda que avasallan el espíritu del hombre ; sirviendo vuestra virtud en la noche de las catástrofes siniestras de faro á la existencia del hogar para conducirlo seguro al puerto de la temporera venturanza. Pero no fanática, nunca beata ! La exageración religiosa es el gran pecado de la humanidad y el que en más de una ocasión ha volcado el orden moral sobre la tierra.

El término medio : divino en el pensamiento, humano en el corazón y en los actos. Hé aquí la verdadera religión.

NOVENA

Señorita :

Con el punto final de mi anterior rompí la pluma. Decepcionado y triste, plena el alma de la convicción siniestra, tuve ganas de llorar y de sentarme, moderno Jeremías, sobre las ruinas humeantes de uno de mis caros ideales. Vos erais perdida á mi esperanza nobilísima de regeneración moral.

El misterioso proceso de mi amor, de mi pasión intensa y pura, tan pura como Eva antes del pecado, surgió luminosa de los senos del recuerdo para avivar la tortura incruenta de mis luctuosos desengaños.

Las brisas que soplaron mi cuna al lado de la vuestra los días primeros de mi infancia, las ví colarse gemebundas y abatidas, en los abismos del pasado. Sus ecos salmodiaban los cantos funerales.

Los banquillos del colegio en que juntos

solíamos pasar las horas de la clase y en los que tantas veces mis labios empaparon las lágrimas de vuestros ojos y en que tantas otras reñimos por bobadas de chiquillo, los ví quebrarse perezosamente, como impedidos por la secreta angustia del dolor, dolor de morir, después de haber sido testigos de la dicha de dos criaturas inocentes.

El verdor de la campiña, la fronda de los huertos, la altura de los montes por donde alegres correteamos los tiempos de las vacaciones, todo apareció en la lejanía de la memoria cubierto por un cielo sombrío, cuyo sol se retiraba apagando su rubia cabellera tras las grises brumas del horizonte oscurecido.

Y, por último, la noche en que, trémulo, palpitante, apenas balbuceando las palabras, os hice la confesión y juramento de mi amor. Os ví entonces tal como aquella noche os encontró sublime mi pasión, cuando con plácida sonrisa también me jurásteis correspondencia sobre la fe del Cristo y la luz de la verdad.

La halucinación de aquel proceso gravitó sobre mi sér desde ese día, enervando mis fuerzas y sumiéndome en el sopor de las grandes amarguras.

Caviloso y taciturno me sorprendieron en el lecho las claridades del alba y las sombras de la noche. Padecía el mal, desconocido por la ciencia, que sume los espíritus en la vida del ensueño Ese mal de que nos habla Dumas en la análisis incomparable de la psiquis humana que ha brotado de su genio.

Mi mente en sus delirios, soñó mil veces

la imagen salvadora de la muerte, prometiendo á mi dolor el bálsamo supremo de las tumbas: el olvido y el silencio.

¿Nunca en vos sus alas ha posado la mariposa nostálgica, la terrible emisaria del dolor por el bien ausente?

¿Nunca habéis sufrido el descogimiento letal del corazón en el vacío de los afectos?

¿Nunca ha humedecido vuestra boca el acibarado néctar de la desilusión?

Cuando la primera visite vuestros senos, se os nieguen los afectos y humedezca vuestra boca el licor del desengaño, entonces sí podréis medir el grado de esa fiebre intensa y devorante que subyuga los ánimos y abrasa los sentidos.

¿Para qué deciros que el único remedio, la sola salvación consiste en la vuelta radiosa del ideal extinto, en el recobro de la ilusión perdida, en el florecimiento de las marchitas esperanzas?

Por eso cuando hoy me entregaron vuestra esquela, experimenté un sacudimiento vigoroso.

Lleno de ansiedad rasgué la cubierta y pretendí leer de un golpe las palabras que habíais trazado con vuestra fina letra inglesa. A medida que mis ojos recorrían velozmente los renglones, una agitación suprema me invadía y, cuando concluí, un grito, una exclamación de júbilo, brotó de mi garganta.

El público, que conoce vuestros desvíos de irredenta, no debe ignorar vuestra profesión de fe, ya redimida.

Hé aquí vuestra misiva, tal como llegó á

mis manos, silenciando sólo vuestra firma por no herir vuestra natural reserva.

"Enrique:

"Me has vencido!... Mi orgullo cede en esta lucha á los impulsos del amor.

"Siento el alma extenuada, mi corazón está destrozado, mi vida es un vía-crucis continuado, y si no tuviera fe y esperanza en el consuelo de tu afecto, tal vez la existencia misma me pesara.

"Escucha mi historia de estos meses—que han pasado, dejando en mi pecho cada uno el puñal de tus misivas.

"Un día llegué á creer en tu olvido, en la muerte de tu pasión por mí y, desesperada, loca, quise buscar en la insania de otras pasiones el alivio á mi dolor, la embriaguez de mi infinito sufrimiento.

"Y fue la pasión política la que primero deslumbró mi vista vacilante y entregué al ardimiento de sus odios y á la brutalidad de sus combates, la idealidad de mis sueños, las ilusiones y las ternuras de mi pecho. La política me emponzoñó el alma y, ávida de amores y sedienta de ejercer mis rencores, me dí á la tarea de conquistar corazones y rasgarlos después, con plácida crueldad. Y coqueta, siendo el objeto de necias lisonjas y del culto de imbéciles amantes, llegué á creer que era en realidad perfecta y cuando mi mano trazó la contestación á tu primera carta, ya yo estaba enamorada de mis formas y pagada de mi singular belleza.

"Mas aún sentía en mi sér una vaga inquietud, un secreto escozor que torturaba mis pensamientos de mujer victoriosa: era el recuerdo tuyo, de tí, Enrique, que tal vez eras dichoso, y para arrancarme esta espina lastimante, fuí murmuradora de tu vida . . . en verdad, ¡triste venganza! . . .

"Y, desesperando herirte de este modo, te escribí mi segunda esquela, queriendo abatir tu orgullo con la ostentación de mi linaje . . . y fuí vencida por tu crítica mordaz y tus consejos.

"Cuando recibí tu séptima misiva, mi corazón fue ahogado por la cólera. Me acometieron ímpetus de salir á castigarte, de abofetear con mi mano ofendida tu mejilla de injuriador salvaje. Llegué á odiarte intensamente . . . ¡mentira, mi amor! . . . llegué á creer que te odiaba. Tu recuerdo fue mi pesadilla y creí que de élla sólo podía libertarme el ascetismo. Y me entregué á Dios! . . .

"¿Sabes tú lo que mas que todo me hacía desesperar? El pensamiento de que nunca me tuviste el afecto que tantas veces me juraste, y que estos juramentos los hiciste para tomarme como un objeto de lujo que presentar á tus amigos. Imaginando ésto anhelé la muerte y sentí en mi cerebro una vaguedad inmensa, un frío doloroso.

"Todas las mañanas, al ir al templo, pasaba cerca de los vidrios de tu ventana y dirijía al interior una mirada y te veía inclinado sobre un libro y sonriendo con ironía intencionada. Caprichos de mujer! . . .

" Y cuántas veces me hinqué frente al altar recitando una plegaria y mi alma no sentía á Dios ni oraba á Dios, si no que era opresa por un dolor misterioso. . . . el dolor de tu recuerdo.

" Pero hoy, ya todas las tinieblas que amontonó sobre mi cielo la ejecución de mis pecados, han desaparecido. Todas nuestras amigas han venido á decirme que tú, después que me escribiste la última misiva, sufrías un mal terrible, sin que el mundo, que te veía languidecer y morir, encontrase un remedio para él.

" Y yo que lo conozco, te envío Enrique en esta carta, la protesta de mi amor, inmenso y puro como siempre, constante como el tiempo y como el tiempo . . . sin fin ! . . . "

Esplendéis por último, señorita, llena de gloria, sublime y admirable !

Rasgásteis con mano pía en mil pedazos la túnica de los vicios que por algún tiempo cubrieran las formas inmaculadas de vuestro sér moral y, para coronación de vuestra obra magna, volvísteis la salud á un alma enferma.

Oveja descarriada en el intrincado laberinto de las debilidades humanas, retomásteis el buen camino y marcháis por el sendero luminoso del deber : el deber social que os reclama la existencia y el deber individual que regula y modera las exageraciones de aquél.

Hoy, si á mi pluma matizara el colorido de la frase ó si en mi cerebro germinara el estro del poeta, entonaría un himno de prez, un canto de alabanza á vuestra glorificación excelsa ¡ mujer incomparable !

Vuestra virtud irradiando en toda su pureza ; vuestra perfección anhelada y conseguida, he aquí el fetiche ante el cual me inclino reverente y se postra mi espíritu de hinojos, extático y absorto.

Si fuera dable á mis deseos, sobre vuestras sienes blancas, blancas y tersas como la flor del azahar y el cáliz de los lirios, blancas y duras como los copos de la nieve, blancas y castas como el plumaje de la paloma, blancas y santas como las túnicas que ciñen las potestades celestiales, yo colocaría una magnífica corona refulgente, construida en la fragua de los dioses y exornada de zafiros y rubíes, de perlas y brillantes, de esmeraldas y topacios.

Sonó, por fin, la hora en que debía cesar el ominoso yugo de la esclavitud en que os habían sepultado la preocupación y el error ; y en esa hora feliz, un porvenir pleno de luz y saturado de esencias, se abre ante vos, brindándoos el bienestar y la dulzura.

De hoy mas, cuando canten los jilgueros en la fronda, cuando soplen las brisas del Norte, cuando en la azul inmensidad cintilen las estrellas, cuando cubran la tierra las sombras de la noche y al horizonte tiñan las coloraciones de la aurora, sentiréis en vuestra conciencia el hálito de la dicha, el rumor de una música invisible, grata, misteriosa . . .

Y entonces yo os diré, imitando al Divino Redentor :

Mujer !, el dolor te ha redimido. Las almas que sufren son las almas elegidas que van en la otra vida directamente al paraíso.

Cumplida está mi aspiración y viajemos ahora, sobre las ondas del Leteo, en la góndola azul de los amores.

25 de junio de 1900.

DÉCIMA

Señorita :

Normalizada ya la paz de mi conciencia; reconstituido el equilibrio de mi fe; sepultado en el fondo insondable del olvido el soplo de infernal escepticismo que abrigó mi alma; lapidada, muerta, para siempre extinta, la sombría mueca de mi duda; rientes, alegres, felices, revoloteando en los senos del creyente afecto las azules mariposas de mis ideales, y juveniles y lozanos los blancos pétalos de la flor de mi ilusión, vaya esta misiva, á manera de iris bonancible, á llevar á vuestro espíritu la protesta de mi ventura descansada irrevocablemente en la confianza que nuevamente os juró mi corazón.

Vos seréis esposa y tal vez madre. Os falta todavía escalar este augusto peldaño de la vida, ofrendar este último y supremo bien á la humanidad que os admira y reverencia.

No dudo un sólo instante que vuestros

sentimientos de virgen piadosa, trocados mañana en los tiernos maternales, tomen el sendero que demarca la justa aspiración de la virtud. Mas ello no obsta para que, en mis propósitos de ser el guía de vuestra existencia, cuya tranquilidad amenaza romper el oleaje impetuoso de los vicios que azota el seno de la decadente sociedad de nuestra época, os dirija también las advertencias que ha recogido mi destrozado corazón de la incesante lluvia de tremendos desengaños que ha hecho sobre él caer la dura mano de la adversidad.

Señorita, cuando seáis señora, sed ante todo buena madre, cumplid primero que ninguno el inmenso deber de vuestro sexo.

Cuando disoluta y relajada la humanidad tienda á su fin cercano en medio á la siniestra orgía de sus ansias brutales y sin freno, vuelto cenizas ó roto que haya sido el ideal moral, la conciencia de la buena madre brillará serena como faro entre las rocas, destruyendo las tinieblas y señalando á las generaciones del porvenir el verdadero camino por donde las almas ascienden al imperio de la luz; cuando el estertor del mundo en su agonía resuene en los ámbitos, poniendo espanto en los corazones que abrieron sus válvulas al mal y se cargaron de corrupción, un aliento suave, como de lirio que se extingue con la última claridad de Vespes, brotará del pecho de la buena madre para perfumar el ambiente enrarecido donde moran los seres, pedazos de su afecto inmaculado; y, cuando en la noche pavorosa de los tiempos que se precipitan, aparezca radiante la espada

flamígera del eterno justiciero y se escuchen las angélicas trompetas que llaman á los hombres al juicio postrero de la vida, la buena madre podrá comparecer ante las miradas del Altísimo sin que una gota de sangre ruborosa tiña la nívea blancura de su frente, preparadas sus sienes á ceñirse la diadema resplandeciente de la inmortalidad y abiertas á su paso las puertas de la Gloria.

Y bien, señorita, ¿qué entendéis vos por buena madre? Lo fue la vuestra?

Perdonad á quien os escribe en ejercicio de un ministerio voluntario, que dirija una mirada de análisis á vuestro corto pasado y formule una sentencia. Esta desgarrará la fibra más tierna de vuestros sentimientos—el filial—; pero, también, bautizado en esa piscina del dolor, os llevará el conocimiento de mis anhelos supremos á los cuales siempre he deseado conformar vuestros pensamientos y el súbito impresionismo de vuestra naturaleza apasionada, para descorrer en vos nuevamente el velo de ese santuario que levantó la austeridad piadosa de mi fe y encender en él la llama de mis castos y purísimos amores.

Cuando nacísteis imperaba la opulencia en vuestro hogar. Cuando por la primera vez palpásteis la materialidad de los objetos de la tierra, sentísteis la muelle suavidad de un lecho cuyo fondo llenaban las más finas plúmulas de la garza y que ostentaba artísticos bruñidos en el sonrosado palo santo.

Separásteis tímidamente los párpados y la impresión de vuestro sér, fue el deslumbra-

miento de un lujo espléndido, al que más tarde se acostumbraron á mirar vuestras pupilas y á querer vuestros caprichos.

Fuísteis creciendo en medio á los mil halagos que pródiga os brindaba la fortuna; acariciada vuestra barbita de muñeca por la mano perfumada de los *dandys* que pisaban la alfombra de vuestros salones; llamada linda y profetizado para vos un porvenir cuasi divino, por las malas gentes que tomaban asiento en los suntuosos banquetes que con frecuencia daba vuestro padre.

Y vuestra madre en tanto? Ah! demasiado preocupada en el equipo de su singular belleza, en la fastuosidad brillante de sus trajes y en la marcada peculiaridad de sus tocados que le dieron siempre el puésto de honor en los saraos y la hicieron llamar la reina de las fiestas, nunca veló vuestros sueños infantiles, ni tampoco aleccionó vuestro corazón con el ejemplo del bien, ni aún siquiera juntó los dedos pulgar é índice de vuestra diestra para enseñaros á hacer la señal de redención del género humano.

Y fuísteis creciendo sin que sufriese la más leve insurrección vuestro pudor, en un medio viciado, cuya atmósfera caliginosa marchitó bien pronto las rosas blancas, símbolo de la pureza, que un hado misterioso prendió á vuestro espíritu cuando surgísteis á la vida, y sus pétalos fueron cayendo uno á uno y con éllos se alejaron de vos la inocencia y la inefable castidad de los ángeles que se conservan en la gracia divina. Entonces rodasteis como Luzbel,

con vuestro rostro hechicero, al abismo de la perversión, con tanta mayor velocidad cuanto que obedecíais también á la fatal inclinación de vuestro temperamento, sensual, pleno de voluptuosidad y de histerismo.

A los diez años la adulación cortesana os hizo una coqueta. A los once ya erais amiga de las Estudillitos y las Mendozas, mujeres todas escalonadas de los diez y ocho á los treinta años y que cada una contaba una historia de quinientos amoríos. Ninguna de sus conversaciones se escapó á vuestros oídos de criatura y mirasteis despreciativamente vuestra caja de muñecas. A los doce ya teníais amores con Eduardo Azcárate y abandonasteis el colegio, pues ya erais una señorita con novio por la ventana. Y á los trece, cuando vuestros senos despuntaban su desarrollo y fuísteis púbera por obra de la naturaleza, ya no teníais nada que envidiar á las matronas de setenta años y, ¡quién sabe! si hubierais podido ser el maestro de sus cabezas experimentadas; á tanto alcanzó la fuerza progresiva de vuestra precocidad.

Y....sin embargo, como sois de buena! Oh! que falta os hizo la dirección maternal en los tiempos de vuestra tierna edad. Si desquiciada en el abismo del vicio, pudo conseguir la sublime aspiración de mis afectos la absoluta regeneración de vuestro espíritu, qué no hubiera podido hacer la sabiduría intencionada de una madre!....

Próximo á cerrar las pupilas este centenario que llamamos siglo XIX, un hálito de corrup-

ción y una sonrisa de profunda duda acompañan su cuerpo moribundo á la fosa de los tiempos, y nadie creerá tal vez, señorita, en este milagro de la fe, en esta resurrección de la virtud en medio al desmoronamiento trágico de los sacros ideales que soñó Jesús cuando espiraba en la cumbre del Calvario.

La humanidad navega en el piélago insondable de un escepticismo desgraciado. La nave de la vida se encuentra desmantelada y sin rumbo, roto el timón de la ilusión y la esperanza, destrozado el velamen de la sinceridad y la nobleza de todos los sentimientos, vuelta pedazos la quilla y la proa de todos los afectos.

Gentes conozco que, con la primera visual de conocimiento que dirigen á una persona, formulan en su mente este concepto: ¿cuál será tu verdad, dí, de qué color es tu máscara de cristiano?

Y bien, qué fuego creéis que alumbra la conciencia de estos desdichados? No sé por qué imagino que la naturaleza del fuego que incineró de tal manera la fe de esas conciencias, es infernal. ese fuego lo formó la chispa de los desengaños, y el desengaño tiene por cuna el infierno porque es el infierno de la vida.

Quizás esas gentes ayer fueron felices, y soñaron también hermosos sueños de ventura; pero el fiero aquilón de las tempestades sociales hizo naufragar en éllos el candor creyente que ofrendaron al mundo en su primera escaramuza. Y, de todos los aquilones, el más fiero es aquel que, despedazando la virtud en el corazón de la mujer, despoja al hombre de su

más querida concepción y de su ansia más ardiente: el hogar, cimentado en la fe absoluta, en la ciega y recíproca confianza de los séres que lo forman. Sin esta fe no es posible el bienestar ni la dicha y un tinte de profunda y amarguísima dolencia imprime su sello en el corazón á cada instante de la vida, tornando ésta para siempre sombría y melancólica, sin esperanzas ni alientos consoladores, como la de un tísico en el período postrero.

Ya veis, señorita, el mal horroroso que os señalo. Os pido perdón si por haberos escogido á vos misma para ejemplo, he vuelto á heriros con el puñal de mi franqueza; pero á veces, como al cuerpo para sanarle sus dolencias, es preciso cauterizar el alma sin piedad.

La medicina para combatir ese mal os la indico en todo el texto de estas cartas; pero espero hacerlo de modo más concreto en una nueva que selle el proceso de la crítica y consejos que os he venido dirigiendo.

3 de setiembre de 1900.

UNDÉCIMA

Señora :

La regia corona de himeneo orló por fin vuestras sienes con sus blancos y perfumados azahares.

Sois mi esposa, me pertenecéis por la posesión victoriosa del amor, más dulce que la miel de Himeto, más plácida y serena que el rayo argentado de la luna.

A vos entregué mi nombre y sobre vuestra conciencia, imbuida en el deber y sostenida por la virtud, descansé también mi honor y la felicidad de mi existencia.

Habéis entrado en el ejercicio de un augusto ministerio : sois sacerdotisa de un culto, por todas las religiones consagrado, y para oficiar en su templo es menester que se encuentre el alma exenta de toda mácula.

Al quitaros el blanco velo de novia habéis también suspendido el velo de vuestra irres-

ponsabilidad. De todos vuestros actos se derivan consecuencias necesarias para el hogar que acabáis de constituir.

Charlemos ahora, en la calma de la dicha gradualmente recogida, un poco del porvenir. Ya lo hicimos del pasado y, á fe mía, os juro, que mi corazón está ufano de no haberos negado sus consejos. Oíd, ahora, los que os dirige de nuevo, ya que os habéis querido asociar á él, en el rudo combatir por la existencia y habéis unido vuestra suerte á la suya, irrevocablemente, con el perpetuo eslabón del matrimonio.

La mujer, cuentan las enseñanzas bíblicas, fue hecha de una costilla de Adán; pero la sustancia material de nuestro primer padre era, ó la transformación de su costilla fue, un cuerpo mas delicado que el fino cristal de roca, pues el brillo que despide la mujer se empaña con el imperceptible aliento de una rosa y con la tenue luz de las estrellas

Con que, decidme, señora, si la empañarán tal vez, el aliento saturnal que en los trópicos exhala la sensualidad masculina y el brillo fascinador de nuestras pupilas de sátiros ! . . . Qué difícil es, señora, sustraerse en este medio á la voluptuosa sugestión de los sentidos ! . . .

Por esto, vuestro supremo deber es la conservación del honor; pero no así una conservación claustral y recelosa que dé asuntos á las perversas hablillas de vecindad y al trágico puñetazo del gran galeoto, nó. Es menester que sea el triunfo solemne de la virtud que no sucumbe y cuya fosa no se abrirá jamás, la

imposición augusta del deber, sentándose en el trono resplandeciente de la fama, adonde nunca pueda señalar el inmundo dedo de la murmuración y la calumnia.

La mujer realmente adúltera ó sospechada de adúltera, no tiene remisión de su pecado. . . Sólo Jesús pudo echar á sus espaldas el manto misericordioso del perdón; pero no pidáis á la flaqueza humana lo que sólo puede dar el espíritu de un Dios.

Vuestro segundo inmenso deber consiste en la educación de vuestros hijos.

Quizás nunca hayáis hojeado las páginas inimitables del *Emilio*. En las próximas noches de invierno, voy á leeros ese apóstrofe sublime de Rouseau á la criminal indiferencia de las madres.

La conciencia de un niño es, como la blanda greda, susceptible de tomar todas las formas á voluntad del arquitecto que haya de hacerla el sólido cimiento del vasto edificio de la personalidad moral. Pero después de endurecida por la ejecución de los actos de la existencia, es imposible torcerle el rumbo ni abrir en ella nuevos surcos.

Educad, señora, vuestros hijos, en el amor al bien por el bien y nunca en el temor al castigo por el mal ni en el amor al bien por el premio en esta ni en la otra vida.

Este temor á la pena y este anhelo de ser premiado, originan, una vez perdida su noción, el desbordamiento tempestuoso de todas las pasiones y la insania de todos los instintos.

Enseñadles á querer la humanidad y á des-

pojarse de esa estrecha y fatal misantropía con que la naturaleza sella al nacer todas las criaturas. Y en ese impulso del corazán hacia el altruismo, definidle un poco mejor las riberas de esa humanidad que puebla el planeta y señalad á su consagración especial la idea de la Patria que los vincula en su seno por el lazo indestructible del amor y de obligaciones inviolables.

Disipad de su conciencia esa tiniebla del error, esa densa nube que de ordinario forma la ignorancia para ocultar la verdad, esa columna sobre la cual se apoyan las plantas de los hombres para desafiar al cielo, ese vicio, en fin, que el sabio rey del pueblo de Dios consagró en esta frase: vanidad de vanidades y siempre vanidad.

Iluminad su inteligencia con la luz del sentimiento.

Modelad su espíritu en la realidad de las cosas.

Y mañana, cuando lance vuestro pecho el último suspiro y para siempre os alejéis de nuestras playas, un valioso patrimonio, la herencia más rica y duradera, cuyos yacimientos jamás encontrarán fin, habréis legado á vuestros hijos: un nombre honrado y una conciencia recta é ilustrada. Aquél, es el brazo poderoso y aguerrido al que conduce y sostiene en la selva inextricable de la vida la refulgente luz que ésta despide.

Podréis entonces sonreír satisfecha con la muerte, darle alegre un abrazo al misterio impenetrable, descender tranquila al sepulcro y sobre vuestra fosa, cuya tierra será amenudo removida

por el genio del amor y la apoteosis del recuerdo, caerán muchas lágrimas de gratitud piadosa y comenzará la poética germinación de flores: los albos y perfumados lirios, las crisantemas amarillas, las siemprevivas blancas y las blancas azucenas y las suaves y púdicas violetas, flores que sólo exornan la morada de los buenos que se han ido para no volver y que nos aguardan asomados en los postigos de la eternidad.

2 de octubre de 1900.

FIN

INDICE

	PÁG.
Ofrenda	V
Prólogo	IX

MISIVAS

Pórtico	3
Primera	5
Segunda	13
Tercera	21
Cuarta	31
Quinta	41
Sexta	51
Séptima	61
Octava	71
Novena	83
Décima	93
Undécima	103